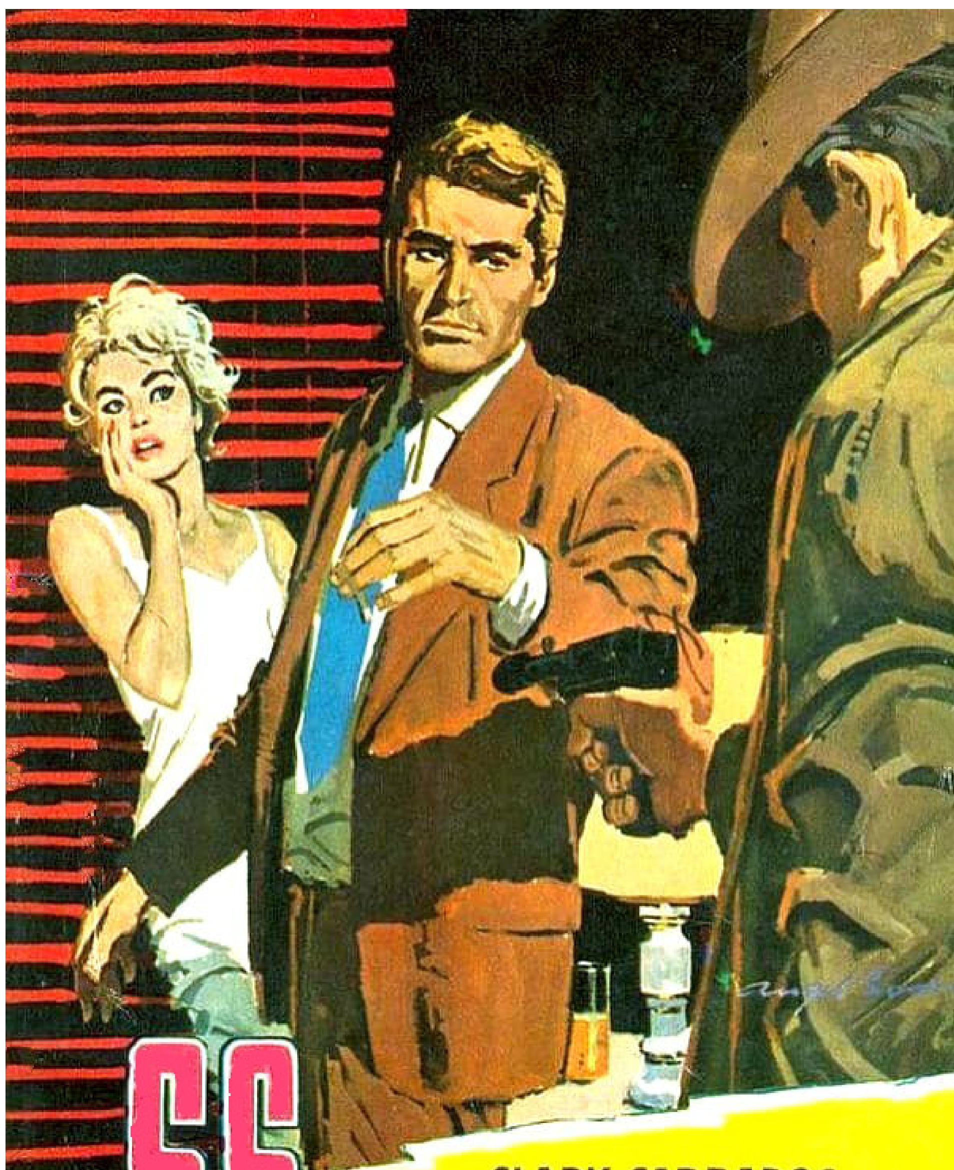


SS

SERVICIO SECRETO

CLARK CARRADOS

# DOLARES Y BALAS

Medio millón de dólares obtenidos de forma criminal.

Cinco bandidos queriendo su parte del botín.

Augie hace creer a los bandidos que Ofelia, antigua compañera de Augie, fue encargada de repartir el dinero, pero no estaba en su poder. Para así vengarse de su antigua amante. Ofelia contrata al abogado Jerry Braxton para ayudarla a convencer a los bandidos de que nada sabía de ese dinero. ¿Podrá librarse de las amenazas?




Clark Carrados

# Dólares y balas

## Bolsilibros - Servicio Secreto - 568

**ePub r1.0**
**LDS** 02.08.17

Título original: *Dólares y balas*
Clark Carrados, 1961
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2






Clark Carrados

# Dólares y balas

1 ª EDICIÓN
JUNIO - 1961

EDITORIAL BRUGUERA
Proyecto, 2-T. 284453
BARCELONA (6)



# DÓLARES Y BALAS

por

CLARK CARRADOS



# CAPÍTULO PRIMERO

Sonó el teléfono. Me rebullí en la cama, inquieto. ¿Quién diablos podía ser el importuno que me llamaba a aquellas horas? Era domingo y los domingos uno tiene derecho al descanso, digo yo. Con que me tapé la cabeza con la almohada y dejé que el teléfono siguiera sonando.

Al fin calló el maldito timbre. Compuse una beatífica sonrisa y traté de sumirme de nuevo en mi nirvana particular.

El teléfono sonó de nuevo. No cabía la menor duda de que el que me llamaba tenía verdadero interés en hablar conmigo. De modo que no me quedó otro remedio que alargar la mano y pegar el aparato a mi oreja.

—Jerry Braxton al habla —murmuré con voz espesa, densificada por las libaciones de la noche anterior.

—Hola, Jerry, maldito cuervo. ¿Qué haces durmiendo aún a estas horas cuando todo el mundo se ha levantado ya y está gozando del sol tan hermoso que acaricia a nuestra bienamada ciudad?

—Satanás cargue contigo y con la ciudad, Matt. —Se trataba de mi amigo Follingsbee, teniente de policía y buen amigo mío—. ¿Por qué me despiertas a estas horas? ¿Es que no sabes tener compasión de un honrado trabajador que…?

—Puede que seas trabajador, pero pongo en duda lo de honrado, Jerry —dijo el «poli» mordazmente—. Y ya que has mencionado la palabra trabajo, aunque sea en una de sus formas derivadas, escucha: tengo uno para ti.

—Hoy es mi día de descanso, Matt —protesté—. Mañana a partir de las nueve de la mañana, que vaya ese tipo a mi despacho y que le pida hora a *miss* Stetson, mi secretaria. Entonces lo atenderé

con mucho gusto…

—Lo harás ahora, Jerry. El asunto de que se trata no admite demora.

—¿Algún asesinato? —pregunté, súbitamente interesado.

—No. Al menos por ahora. Sin embargo, lamento no ser más explícito por teléfono, Jerry. Solamente puedo decirte el nombre de tu presunto cliente. Es Ofelia Drummond. Vino a verme y me pidió algo que yo no puedo hacer oficialmente. Por eso te la envío a ti.

—Ya. Y tú has pensado que soy un abogado al estilo de Perry Masón o similares, ¿verdad?

—Peor, mucho peor —rió mi amigo sin rebozo alguno—. Estoy seguro de que sacarás a la Drummond de sus apuros. No me dejes mal, Jerry.

—A propósito, Matt, todavía no me has dicho quién es esa señora. ¿No puedes anticiparme algo por teléfono?

—Lo único que puedo decirte es que ya está en camino de tu casa. Cuando la sugerí que fuera a verte mañana al despacho, se negó en redondo a lo uno y a lo otro. Dijo que tenía que ser hoy y en tu propia casa.

—Al menos, espero que sea joven y hermosa.

—Por cierto que sí. Pero es coto vedado, Jerry, viejo tiburón.

—¿Casada?

—¡Ajá!

—Lástima —dije—. Bueno, hay más mujeres, creo yo.

—Seguro. Como la que te acompañaba anoche en el *Regulo’s*.

—¿Te gustó, Matt?

—Es gorda y bastota. Además, por lo que pude ver y oír, bebe como un cosaco y jura más que un carretero, Jerry, alma de Dios, ¿es que no puedes elegir otra clase de mujeres para tus expansiones?

—Me cogió en un momento sentimental. Sólo en la vida, necesitaba alguien en quien descargar mis penas…

—Tus penas son las mismas que dan los hermanos Marx en el cine, so buitre. Bueno, atiende a la Drummond. Te lo pido en nombre de nuestra vieja amistad. Obtendrás una buena tajada, ¿sabes?

Y colgó.

Durante unos momentos, permanecí indeciso, preguntándome qué diablos de asunto, y con tanta urgencia, tenía que encargarme aquella señora. Soy un abogado común y con poca cosa que se salga de lo normal, en el aspecto profesional, y no acababa de comprender por qué la Drummond había ido a elegirme a mí para su… ¿su qué?

Sacudí la cabeza y al hacerlo me pareció como si golpearan mi cerebro con un bate de pelota base.

—Ooooh… —gemí. Como pude, corrí al baño, me tragué dos aspirinas y me metí bajo la ducha helada.

Al salir puse a calentar el agua para el café. Me vestí rápidamente, y cuando estaba terminando sonó el timbre de la puerta.

Fui a abrir, y entonces conocí a Ofelia Drummond.

# CAPÍTULO II

Era alta, rotunda como una valkiria, de cabello obscuro, aunque no negro, y ojos pardos, de suave y acariciante mirada. Vestía un traje claro, de primavera, que dejaba ver bastante porción del nacimiento de un pecho alto y mórbido. Llevaba un sombrerito encamado, de paja, que hacía juego con su bolso, del mismo material, y con los guantes y los zapatos. Una mujer de una vez, para que lo entiendan.

—Soy Ofelia Drummond —dijo con voz de contralto, clara y bien modulada.

—Jerry Braxton, señora. Tenga la bondad de pasar.

La conduje hasta el *living*. Ella se sentó en el borde del diván, con las rodillas muy juntas y empezó a quitarse los guantes.

—Si me permite —sugerí—, le traeré una taza de café.

—Hágalo —contestó—. Puede que me siente bien.

Traté de ocultar la admiración que me inspiraba. Eran unos magníficos veintiocho años y, francamente, envidié al dueño de los mismos, no sólo por la belleza de ella, sino por la forma de actuar y comportarse, tan natural y dueña de sí misma, sin perder la compostura ni un instante.

Regresé al cabo de unos minutos con el servicio. Llené su taza y se la acerqué, poniendo el azucarero al alcance de su mano. El dolor de mi cabeza se había alejado ya y me sentía bastante mejor.

—Seguramente —empezó a decir ella— se preguntará usted por qué he venido a utilizar sus servicios, en lugar de acudir a la policía.

—Muy posible —contesté cautamente—. ¿De qué se trata?

—¿Oyó hablar alguna vez de Augie «El Sábanas»?

Fruncí el ceño, en tanto forzaba la memoria. ¿Augie, «El Sábanas»?

—Le llamaban así —prosiguió Ofelia— por lo mucho que le gustaban los billetes de mil. Solía obtenerlos enseñando a la gente el funcionamiento de su pistola. Lo malo es que cuando sus víctimas lo aprendían ya no les servía para nada.

—Entiendo —murmuré—. Un virtuoso del atraco.

—Justamente. Yo era su chica, hablando con algo de metáfora, para no pronunciar la palabra exacta, señor Braxton.

Mientras pronunciaba aquellas frases, lo hacía de modo sosegado y completamente tranquilo, sin descomponer el gesto en absoluto.

Creí adivinar lo que le estaba pasando a la joven. Alguien trataba de chantajearla, y amenazándola con descubrir a su actual marido su antiguo y turbio pasado.

Me equivocaba.

Ella dijo:

—Sé lo que piensa, señor Braxton, pero no es así. Mi marido está perfectamente enterado de todo lo concerniente al período anterior a mi matrimonio con él. Desde mi primer dolor de muelas hasta la noche de insomnio que pasé la víspera de la boda. Ya ve, pues, que no se trata de ningún chantaje.

—¿Entonces? —murmuré un tanto desconcertado.

—Ahora soy una mujer honrada y decente. Mi vida pasada fue turbulenta y agitada, pero ya no cuenta para nada. Mi marido, Clark Drummond, me aceptó tal como había sido, sabiendo desde el primer momento que el camino que había seguido hasta entonces no conducía precisamente a la santidad. Ya no hemos hablado de ello para nada. Le quiero y me quiere y somos felices.

—Lo celebro infinito, señora —dije.

—Han sido dos años maravillosos, señor Braxton —comentó—. Pero esa felicidad está a punto de concluirse. Yo quiero que usted la prolongue eternamente.

—Bien —dije, con una risita de conejo—. Si se trata de alguna desavenencia conyugal, creo que habrá abogados más hábiles que yo y que se dedican a esa especialidad. Lo mío es la cuestión criminal…

—Por eso mismo he venido a verle, señor Braxton. Mi marido y yo seguimos tan enamorados como el primer día. No hay que soñar, pues, en una desavenencia conyugal. Sin embargo, cuando me creía

tranquila y pensaba que todo lo malo que había podido hacer en el pasado estaba ya olvidado, de repente ha sucedido algo que ha vuelto a poner mi antigua mala vida en el primer plano de los acontecimientos.

—Si no se trata de ningún chantaje… —dije.

—En cierto modo, no lo es. Lo sería si alguien tratara de extorsionarme pidiéndome dinero para que mi esposo no se enterase de mi pasado. Pero, puesto que lo sabe, tal extorsión resultándole improcedente y fuera de lugar, además de inútil.

—Está claro —asentí.

—Ahora bien, saben que yo amo a Clark y que me moriría si le sucediera algo. Basándose, pues, en ello, he recibido un anónimo en el cual le amenazan de muerte si no les digo dónde están los doscientos cincuenta mil dólares procedentes del último golpe de Augie «El Sábanas».

Respingué sin poder evitarlo. ¡Un cuarto de millón!

Ofelia advirtió mi sorpresa. Sus rojos labios se entreabrieron en una débil sonrisa.

—Sí, señor Braxton. Nada menos que doscientos cincuenta mil dólares, en un pequeño paquetito, puesto que está formado por billetes de mil. Ligero y abultando muy poco, resulta fácil de llevar en cualquier sitio.

—De modo que Augie robó esa cantidad.

—Sí. Y para conseguirlo, mató de un tiro al hombre que lo llevaba. En esta ocasión tuvo mala suerte. Fue atrapado y ahora está en Alcatraz con noventa y nueve años de condena. Ya no saldrá de aquella isla, ni siquiera muerto, porque los condenados que mueren dentro del penal son enterrados en el cementerio del mismo. Por otra parte, aunque consiguiese un indulto —cosa imposible, dados sus antecedentes— el Estado de Kansas le aguarda con un juicio por asesinato de un policía. Puede usted, pues, advertir que mi antiguo amante está sepultado en vida y de por vida.

—Desde luego. —Me estremecí. ¡Menudo panorama: en Alcatraz para toda su existencia!

—Ahora bien, Augie tenía una banda. Los miembros de la misma, con más suerte, están libres y sueltos. Augie les ha hecho saber que, puesto que él no puede disfrutarlos, que me pidan a mí esos dólares y se los repartan como buenos hermanos. Son cinco.

—A cincuenta mil cada uno, claro.

—Sí. Para mí no me deja nada. Opina que le he sido infiel y que no merezco ni un centavo de ese dinero.

—Bueno, pero si usted lo tiene, su deber es entregarlo a las autoridades para que lo devuelvan a sus legítimos propietarios, señora Drummond.

—Es lo que hubiera hecho, si hubiese tenido ese dinero encima. Pero no sé dónde está.

La miré con incredulidad. Ella se dio cuenta del gesto.

—Es así, señor Braxton, aunque usted no lo crea. Augie sostiene que me envió el dinero para que se lo guardase hasta su salida de la cárcel (pensaba acabar pronto, a lo que se ve). Sin embargo, yo no he visto esos dólares ni tengo la menor idea de dónde puedan estar.

—¿Y…? —murmuré.

—Los miembros del *gang* me pidieron el dinero en varias ocasiones. Empezaron hace un par de meses. Mi respuesta fue siempre la misma. Entonces, creyendo que trataba de guardármelo para mí sola, amenazaron con matar a mi esposo si no se lo daba.

—Bueno, ¿y qué papel desempeño yo en todo esto? —inquirí.

—A ello voy, señor Braxton. Clark, mi marido, vive siempre pendiente de mí y de mis menores gestos. Se dio cuenta de que algo me estaba preocupando en los últimos tiempos y quiso saberlo. Nunca le he ocultado nada, de modo que a las primeras preguntas se lo conté todo. Se echó a reír, incluso cuando le dije que su vida corría grave peligro.

—¿Y por qué no llamaron a la policía?

—Traté de hacerlo, pero él no quiso. Dijo que la cosa carecía de importancia y que, en todo caso, buscase a un particular de confianza para resolver el asunto. Entonces fui a ver al teniente Follingsbee, antiguo conocido mío.

Pronunció la última frase ligeramente demudada, aunque el ritmo de su respiración no se había alterado.

—Follingsbee me envió en una ocasión a pasar dos años en un reformatorio para jóvenes descarriadas, señor Braxton. Ahora sabe que soy decente y quiere ayudarme.

—Siga, señora Drummond: no se interrumpa.

—Bien, ya no hay mucho que decir. Mi marido, para tranquilizarme, dijo que buscara el medio de ponerme en contacto

con los cinco miembros de la banda de Augie y que le ofreciera diez mil dólares a cada uno por su silencio definitivo. No quiere que padezca más, ¿comprende?

—Perfectamente, señora.

—Por eso fui a ver a Follingsbee; para que me indicara quién podía encargarse de esa labor. Me recomendó a usted. Y he venido a rogarle acepte este trabajo. Le recompensaré con cinco mil dólares si consigue realizar todo a la perfección.

Me froté la mandíbula. Dudaba. Yo soy un abogado, no un detective a lo Mickey Spillane. El hecho de tener que enfrentarme con un *gang* de individuos resueltos a todo, según parecía, no me hacía gracia. Pero los cinco mil machacantes eran un poderoso cebo y, ¡qué diablos!, si obraba con cordura y un poco de suerte, hasta podía llevar el asunto a buen puerto sin ningún daño.

—Hay una objeción —dije al cabo—. Supóngase que esos tipos aceptan. Pero luego, una vez con los diez mil en su poder, pueden considerarse relevados de su promesa de silencio y volver a la carga, quiero decir, a las amenazas.

—Clark lo ha previsto. En el momento en que acepten, usted les presentará a la firma un documento, en el cual han de manifestar, bajo amenaza de demanda judicial, que no volverán a molestarme en ese sentido y que están seguros de que yo desconozco el paradero de esos doscientos cincuenta mil dólares. Bueno, dejo la redacción del documento en sus manos; usted es abogado y puede hacerlo mucho mejor que yo. Pero ha captado mis intenciones, ¿no es así?

—Ciertamente, señora Drummond.

Una luz de esperanza apareció en sus ojos.

—Luego, ¿acepta?

—Sí —contesté, tras unos instantes de meditación.

Su hermoso busto se distendió en un amplio suspiro de satisfacción. Sonrió y al hacerlo el rostro se le iluminó de manera maravillosa. ¡Qué suerte la de aquel condenado Clark Drummond! ¡Cómo le envidié en aquellos momentos! Hombre afortunado, poseyendo el amor y la devoción íntegros de una mujer como Ofelia.

Ésta sacó de su bolso un rectángulo de papel azulado. Me lo entregó y leí la cifra escrita en el mismo. Dos mil quinientos. La

mitad de los honorarios por anticipado. No podía decirse que Drummond fuera roñoso. Por salvaguardar mi vida y mi felicidad, al lado de una mujer como Ofelia, yo hubiera dado todo cuánto poseía. Pero estaba soltero y mi cuenta en el Banco padecía de anemia crónica.

Ofelia se puso en pie, desarrollando toda la majestuosidad de su espléndida escultura.

—El teniente Follingsbee me aseguró que usted y sólo usted podría resolver el caso. Ya ve que no podemos darle estado oficial; él tendría que hacer cosas que, como funcionario de policía, le están vedadas y viceversa. Además, podrá echarle una mano discretamente y sin hacer ruido desde el puesto que ocupa, y de este modo, los reporteros no tendrán por qué estar enterados de lo que sucede. Mi esposo no desea el escándalo en modo alguno, y yo menos, como puede comprender.

—Por supuesto, señora.

Abrió de nuevo el bolso y me entregó un papelito doblado.

—Aquí están los nombres de los cinco compinches de Augie.

—¿Viven en la ciudad todos?

—Creo que sí. Por lo menos, los dos primeros. No sé su dirección; usted, sin embargo, puede averiguarla y empezar sus indagaciones con los dos mencionados.

—De acuerdo, señora Drummond. ¿Quiere que le vaya dando cuenta del resultado de mis investigaciones?

—No. Hágalo cuando todo esté ya listo. Entonces, me entrega los cinco documentos que podríamos llamar de renuncia y le abonaré el resto de sus honorarios.

—Bien —objeté—, mas para obtener esos documentos necesitaré antes el dinero.

—Es cierto —musitó. Se mordió los labios—. Bueno, cada vez que uno de los forajidos esté listo para firmar, póngase al habla con mi esposo. Él le entregará la cantidad citada.

—Habrá de ser en efectivo. Esa gente no suele admitir cheques bancarios.

—Se lo entregará como a usted le parezca mejor.

Se dirigió hacia la puerta, caminando con suave balanceo de caderas. Lancé un suspiro. ¡Qué suerte tienen algunos, demonio!

## CAPÍTULO III

Al quedarme solo, calenté el café de nuevo y me serví una segunda taza. Releía la lista con los cinco nombres. No los había oído en mi vida. Para mí resultaban tan nuevos como si viniesen de Marte.

Prendí fuego a un cigarrillo y durante unos momentos estuve repasando la conversación sostenida con Ofelia. ¡Un cuarto de millón! ¿Dónde diablos podía estar toda esa montaña de dinero?

Una súbita sospecha invadió de pronto mi mente. ¿Y si lo que pretendía Ofelia era gozar tranquilamente de aquel dinero, previa la pérdida de cincuenta y cinco mil dólares? Siempre le quedarían ciento noventa y cinco mil, una suculenta tajada, especialmente, si se pensaba que su *propietario*, Augie «El Sábanas», ya no podría disfrutar en su vida de aquella suma.

Pero no; Ofelia me había parecido recta y decente, y lo único que andaba buscando era la tranquilidad para el resto de sus días. Resultaba lógico que tuviese un marido enamoradísimo, al cual no le importaba pagar la cantidad que fuera con tal de que su esposa quedara tranquila.

Al mismo tiempo, los cincuenta y cinco mil dólares que se disponía a gastar Drummond indicaban que era un hombre rico o, por lo menos, dotado de cierto bienestar económico. ¿Qué hacía aquel hombre? ¿En qué se ocupaba?

Lamenté que fuera domingo. No tenía ninguna documentación a mano; todos mis libros de consulta se hallaban en mi oficina y, por otra parte, tampoco quería hablar con Follingsbee más que lo imprescindible por teléfono. No quería curiosidades ni filtraciones. Lo mejor, pues, era ir a verle directamente a la Jefatura y hablar con él en la soledad de su despacho.

Una hora más tarde, estaba enterado de todas las peculiaridades

referentes a Clark Drummond y sabía cómo hallar al primer forajido de la lista.

—No sé actualmente dónde vive, ni tampoco quiero preguntar en Archivo por no levantar la liebre. En este asunto —añadió mi amigo el «poli»— cuando menos se vocifere mejor, ¿comprendes?

—De todas formas —dije, mirándole intencionadamente— no te disgustaría saber el paradero de ese cuarto de millón, ¿verdad?

—Verás —dijo Follingsbee reflexivamente—: hace ya tres años que se cometió el delito y todavía no ha podido ser hallado el dinero. Esto, como puedes comprender, no hace ningún bien al Departamento.

—Me lo supongo. Vamos, suelta ya, y dime el modo para hallar a Buddy Torano.

—Ve al «Madeira». Una vez allí, pregunta por Lois Nelson. Es, o era, su chica. Ella tiene que saber dónde vive. Es muy asequible.

—¿A qué? ¿Al dinero… o a los buenos mozos?

—A las dos cosas, especialmente si van juntas. Conque ya sabes cómo debes actuar, Jerry.

Me puse en pie.

—Gracias, sicario —dije. Y me marché.

Saliendo de la Jefatura de Policía me encontré con Selene Hyatt.

# Capítulo IV

Selene Hyatt es una rubia imponente que no necesita pedir nada prestado a mujeres como Ofelia Drummond. Lo único malo que tiene, en mi opinión, es su título de abogado y su insaciable curiosidad, además de una viva inteligencia que la hace ser muy útil en según qué casos de defensa criminal. Sus ojos son azules, cándidos, pero es más astuta que un zorro y más penetrante que un águila, con la ventaja sobre estos dos animales, de que es mujer y apenas acaba de cumplir el cuarto de siglo.

Selene se ha especializado últimamente en la defensa de mujeres celosas que apuñalan al marido y lo ha hecho tan bien, que constantemente tiene su consultorio lleno de damas que se encuentran en esas condiciones. Gana sus buenos dineritos y se permite una vida libre, independiente y sin agobios. Pero es una chica honrada y decente a carta cabal que, en el fondo, anda suspirando por un marido, tres niños, una cocina y los fines de semana bajo una tienda de campaña en la Península de Monterrey, cara al Pacífico.

La muchacha me miró de soslayo al verme salir de la Jefatura. Estaba lindísima con un vestidito estampado de flores, que se amoldaba de un modo delicioso a todas las curvas de su cuerpo joven y firme. Era la viva estampa de la primavera con tacones de ocho centímetros de altura.

—Hola, pajarraco —saludó apenas verme—. ¿A qué infeliz despojo has chupado el tuétano?

—Todavía no soy necrófago como tú —respondí mordaz—. He venido, simplemente, a saludar a un buen amigo. El teniente Follingsbee, por si no lo has oído nombrar.

—Me suena —declaró con indiferencia—. ¿Es su cumpleaños?

La miré con intención.

—Escucha, preciosa, métete en tus asuntos y deja que lleve los míos a mi gusto. Ayuda a salir a esa infeliz que acaba de rajar la tripa a su marido infiel y no te ocupes de más.

Selene se picó.

—No se trata de una acuchilladora —manifestó— sino de un varón.

—Lo que se habrá alegrado el tipo al verte. ¿Qué es lo que ha hecho?

—Una estafa. Nada de importancia. Doscientos dólares en un talón sin fondos.

—Bueno, si encuentra alguien que lo garantice, podrá salir pronto. A lo mejor, su propio abogado le presta ese dinero —añadí significativamente.

—Como abogado, cobro por mis servicios, no prestó dinero, entérate, Jerry. Bueno, ¿me llevas en tu coche?

Lo tenía a la puerta, uno tiene que ser galante en ocasiones, aunque deba disimular la contrariedad del momento. Abrí la portezuela y Selene se coló en el automóvil con empaque de reina.

Pasé al otro lado y puse el vehículo en marcha.

—¿A dónde te llevo?

Me dio una dirección. Fruncí el ceño Ella advirtió el gesto.

—¿Por qué haces eso, Jerry?

—No me gusta que vayas a esos sitios, Selene —objeté.

—¡Vaya! —resopló la muchacha—. Cualquiera diría que van a raptarme o a cometer algo feo conmigo. ¿Piensas que no sé defenderme, chico? Es mi profesión, no lo olvides.

—¿Qué vas a hacer allí? Esa calle no es nada recomendable, puedo asegurártelo.

—Ya lo sé —dijo ella—. Sin embargo, te aseguro que no me queda otro remedio. El preso me ha encargado que vea a su esposa y le indique la forma de hacerme con los doscientos cincuenta dólares de la fianza que le exige el juez para ponerlo en libertad.

—Ah —dije.

Continuamos rodando. De Lymington Place pasamos a la Avenida Custer y de aquí a la calle Dieciséis. Doscientos metros más allá se hallaba situada la calle que buscaba la muchacha y en donde vivía la mujer a quien iba a visitar.

Hice penetrar al automóvil en la calle. Era sombría y sucia, compuesta de viejas casas grises y lavadas por la lluvia, que pedían a gritos la piqueta del demoledor. Detuve el vehículo en el número que ella me indicó.

—Te aguardaré aquí, si no te importa —dije.

—Magnífico, Jerry, ¿qué te sucede? Nunca te había visto de un galante tan subido.

—Quizá es que me aburro y deseo solazarme un poco gozando de tu incomparable compañía, Selene.

Me miró torcidamente.

—Jerry —exclamó—. ¿Y los demás días? ¿Con quién te solazas?

—Tema vedado —respondí con alacridad, en tanto sacaba un cigarrillo y me lo ponía en la boca.

—Debería enviarte al cuerno por esa contestación, pero hoy me has pescado con el simpático de los días de fiesta —manifestó ella —. Aguárdame aquí; puede que luego te pida que me invites a comer.

—Cosa que haré con mucho gusto, no lo dudes —dije. En algo tenía que pasar el tiempo hasta la noche, en que pensaba ir a ver a Lois Nelson al «Madeira».

Selene bajó de la casa diez minutos más tarde. Parecía satisfecha.

—Ya está —dijo—. Ahora, ¿quieres seguir siendo bueno y llevarme a donde te diga?

—Tu humilde servidor, mi señora —dije, poniendo el coche nuevamente en marcha—. ¿Qué tal la gestión?

—Muy bien —replicó ella—. Ahora, la señora Merton irá a ver a un tal Clark Drummond y le pedirá trescientos dólares: doscientos cincuenta para la fianza y cincuenta por mis honorarios. A la tarde volveré a verla, me dará el dinero y el preso saldrá a la calle.

Procuré dominar la sorpresa que me había producido lo que acababa de oír. No pude evitar que mis manos se engarfiaran sobre el volante. ¡Merton era el segundo de la lista que me diera Ofelia Drummond apenas dos horas antes!

Puede que se le llame casualidad o buena suerte, pero el hecho era que, sin desearlo, acababa de encontrar el domicilio de uno de los cinco forajidos. Por un momento pensé en abandonar a Selene y marcharme directo a Jefatura, para interrogar allí a Lou Merton,

pero luego rectifiqué sobre la marcha y decidí esperar a que el tipo saliera en libertad. Cuantos menos curiosos hubiera, mucho mejor.

Llevé a Selene al
«Mac's»,
uno de los más afamados restaurantes de la ciudad, situado casi en una de las cimas que dominan la misma y desde donde se divisa un espléndido panorama. Una vez nos hubieron acomodado en una mesa, pedí permiso.

—Dispénsame, ¿quieres? Voy a hacer una llamada telefónica. Regreso enseguida.

—¿Cómo es ella, Jerry? —preguntó Selene con malicia.

—Una arpía —contesté volublemente.

Me encerré en una cabina telefónica y busqué en la guía el teléfono de los Drummond. No tardé en hallarlo y entonces establecí la comunicación.

—Deseo hablar con la señora Drummond —dije, apenas oí que me contestaban al otro lado de la línea—. Me llamo Braxton.

—Un momento —contestó una voz de hombre, sin demostrar el menor asombro por la llamada. Posiblemente seria su marido, el cual ya debía estar enterado del asunto.

Veinte segundos más tarde escuché la agradable voz de Ofelia a través del auricular.

—Señor Braxton —dijo.

—Escuche un momento, señora Drummond. ¿Sabe Si ha estado ahí una mujer llamada Merton? Ignoro el nombre; ése es el apellido de su marido.

—¡Merton! —exclamó ella, sorprendida.

—Justamente, el mismo.

—No, no ha estado. ¿Es que…?

—No haga preguntas —recomendé—. Si no ha estado a verles, irá dentro de poco. Preguntará por su esposo. Dígale que la reciba y que la entregue los trescientos dólares que le pedirá. En billetes, no en cheque.

—Escuche, señor Braxton…

—No se preocupe y haga lo que digo. Es muy importante. Quizá mañana pueda darle ya noticias de los dos primeros de la lista, ¿me comprende?

—Es usted muy rápido, señor Braxton —dijo Ofelia en tono

admirativo.

—Me pagan para que lo sea, señora. Bien, dígale a su esposo que haga lo que le he dicho y que no se preocupe de más. Buenos días.

Y colgué.

Permanecí allí un momento pensativo; luego salí de la cabina y me dirigí a la mesa donde Selene me estaba ya aguardando.

Comimos estupendamente y pasamos un rato magnífico. Después fuimos a dar un paseo por las colinas y a media tarde regresamos a la ciudad.

Entonces se despidió Selene. Dijo:

—Voy a ver si la señora Merton ha obtenido el dinero.

—Te deseo mucha suerte, guapa.

—Gracias, cuervo. A ver cuándo repites la invitación.

—Lo haría con más frecuencia si no temiese tus desplantes, Selene.

—Por si acaso no se te ocurre probar, ¿verdad? —dijo irónicamente. Y se alejó, esbelta y cimbreante como una palmera africana.

Cuando la hube perdido de vista, puse en marcha el coche y me dirigí lentamente hacia la Jefatura de Policía, aunque no llegué hasta la misma. Paré el auto y me metí en una cafetería cercana, desde donde podía ver el gran portón del edificio.

Hube de esperar casi dos horas. Primero vino Selene, seguramente a pagar la fianza para su cliente. Salió un cuarto de hora más tarde.

Entonces aboné la consumición y salí a la calle, instalándome tras el volante de mi coche. Puse el motor en marcha dejándolo al *ralentí.*

No tuve que esperar mucho. Lou Merton salió minutos más tarde.

Era la primera vez que lo veía, pero estaba seguro de no equivocarme. El tipo se quedó unos momentos en la puerta, fingiendo entretenerse en prender fuego a un cigarrillo, aunque, en realidad, lo que hacía era escrutar la calle. ¿Temía algo?

Un taxi pasó indolentemente. Merton agitó la mano y el vehículo se detuvo. Seguí tras él, procurando no hacerme visible.

Merton se dirigió rectamente a su casa. Le vi apearse del coche, el cual, por cierto, tuvo que detenerse un poco antes de llegar a su

domicilio, ya que había otro aparcado justamente frente a la puerta del edificio. En aquel lugar, la iluminación era pobre y escasa, por lo que resultaba difícil apreciar los detalles.

Merton cruzó la acera metiéndose en el portal. Paré el motor y salí del coche, recorriendo rápidamente los escasos metros que me separaban de la casa. Quería atraparle antes de que tuviera tiempo de darse cuenta de lo que le pasaba.

En aquel momento, un hombre salió del edificio. Parecía tener mucha prisa y se encaminó directamente al coche negro que había frente a la casa. Puso el motor en marcha y arrancó como perseguido por cien legiones de demonios.

El individuo salió con tanta prisa que casi estuvo a punto de derribarme. Ni me miró tan siquiera ni yo, por otra parte, atento únicamente a Merton, me fijé en él. Lo único que vi fue el sombrero negro, cuyas alas le tapaban casi el rostro, y el cuello del abrigo subido hasta arriba.

Giré para entrar. En aquel momento, Merton salía del portal.

A la escasa luz que había en aquella sucia calle, pude ver el desencajado rostro del forajido. Merton tenía la boca abierta y parecía como si gritase en una pantalla de cine mudo. De su garganta no salía el menor sonido.

Alargó una mano hacia mí como si quisiera agarrarse a mi hombro. Tenía los ojos fuera de las órbitas y el cuerpo le temblaba convulsivamente.

—¡Merton! —exclamé.

En aquel momento, el hombre se desplomó de bruces, tras emitir un gorgoteo imposible de describir. Al caer al suelo, vi asomar por el centro de su espalda el mango de un puñal clavado hasta la empuñadura.

# CAPÍTULO V

Merton pataleó unos segundos. Luego se quedó inmóvil, estirando las piernas con horrible lentitud.

No pude evitarlo, un hombre acababa de ser asesinado ante mis ojos. Y el autor de su muerte —ahora no me cabía la menor duda— había sido el individuo que saliera de la casa huyendo como un loco.

Me imaginé la escena. El asesino, debía haber estado oculto en el portal, aguardando la llegada de Merton. La casa era vieja y carecía de iluminación; un lugar apropiadísimo para cometer un crimen sin que nadie se apercibiera de ello. Le resultó, pues, fácil en extremo aguardar agazapado en las sombras, y, en el momento oportuno, asestar la puñalada mortífera.

Merton no había tenido tiempo ni de hablar. Lo extraño resultaba que hubiese tenido fuerzas suficientes para salir al exterior con un cuchillo clavado en semejante región de su cuerpo. Prácticamente, estaba ya cadáver en cuanto el arma se introdujo en su carne. El asesino había sabido calcular bien su golpe.

¿Por qué? En aquellos momentos no me interesaba saber los motivos, tiempo tendría de averiguarlos más tarde. Lo urgente, para mí; era largarme de la escena del crimen. No tenía miedo a que me implicaran en el evento; pero tampoco sentía el menor deseo de ver mi nombre en letras de molde.

—Esto podría causarme graves perturbaciones en la labor que me había encomendado Ofelia Drummond.

Conque me marché de allí, aprovechando que la calle estaba solitaria y nadie se había percatado de lo sucedido. Desde el momento en que vi desplomarse a Merton hasta que me senté tras el volante de mi coche, apenas si habían pasado veinte segundos.

Me lancé a toda velocidad en persecución del sedán negro. Doblé por Alvarado y salí a la Avenida Custer, rutilantemente iluminada. Como era de esperar, el asesino había tenido tiempo más que de sobra para desaparecer sin ser molestado.

Detuve el coche frente al bar más próximo. Desde allí llamé a Jefatura y hablé con Follingsbee, denunciándole el hecho. Luego, para que no me molestara mi amigo el policía, me marché a otro sitio.

Hablé con Selene. Le dije lo que acababa de pasar.

—¡Dios mío! Jerry, ¿estás seguro?

—Tan seguro como de que ahora mismo estoy hablando contigo. Lou Merton tiene dentro del cuerpo veinte centímetros de acero que le han «enfriado» para siempre.

—¿Lo sabe su mujer?

—No lo sé. Quizá sí, quizá haya ido ya la policía a comunicárselo.

Selene es buena chica y a veces tiene impulsos bastante elogiables. Dijo:

—Iré a ver a la señora Merton y trataré de consolarla, Jerry. Creo que es lo más conveniente en estos momentos.

—Es una buena idea, preciosa. Y si de paso puedes averiguar algo, no dejes de comunicármelo. Te lo gratificaría de modo conveniente.

—Con un simple beso y ¡hala, a la calle! ¿Crees que no te conozco?

De repente se interrumpió. En aquel momento debió darse cuenta de un detalle que se le había pasado por alto, impresionada como estaba por la muerte del antiguo pandillero.

—¡Jerry!

—Sí, bonita.

—¿Por qué diantres te interesas tanto por Merton? ¿Qué es lo que tratas de inducirme a hacer al decirme que procure sonsacar a su viuda?

Me mordí los labios. En este caso, había resbalado ligeramente. Nunca debía haber dejado ver mis intenciones, sino, sencillamente, al día siguiente, entrevistarme en persona con la viuda Merton. Pero ya no había remedio, y era preciso apechugar con las consecuencias.

—Selene, por ahora no puedo decirte nada. Te ruego un poco de paciencia. Sé buena y haz lo que te he dicho, ¿estamos?

Era suspicaz y no se conformó.

—Tú me estás ocultando algo, Jerry. Dime de qué se trata.

—¿Por teléfono? Vaya, no te creí tan ingenua. Hazme ese favor si quieres; en caso contrario, ya iría yo a ver a la Merton mañana por la mañana.

—¿Y por qué no esta noche misma?

—Por la razón de que ya tengo un compromiso adquirido y no me es posible soslayarlo, ¿comprendes? Y ahora, adiós. Llámame mañana a la oficina.

Colgué antes de que pudiera objetar nada, bastante fastidiado por aquel pequeño error cometido. Lancé un suspiro de resignación, que era lo único que podía hacer, y salí de la cabina.

Tenía algo de apetito y además, era preciso dejar pasar un poco el tiempo. Pedí un par de bocadillos en la barra, los cuales pasé con la ayuda de una cerveza y rematé la faena con una taza de café. Al terminar aboné la cuenta y salí a la calle, con un cigarrillo prendido de los labios.

Veinte minutos más tarde detenía el coche en las cercanías del «Madeira». Cerré el contacto y salté al suelo, escrutando el ambiente en torno mío.

Las luces de neón relucían alternativamente, con destellos multicolores. Sin embargo, no se me ocurrió ir por la entrada principal, sino que me dirigí a la puerta de artistas.

Había allí un viejo mugriento que puso cara de Lobo Feroz al verme acercar. Enseñé en la mano un billete de cinco dólares y la cara de Lobo Feroz se transformó en la de Hada de las Virtudes. Ni siquiera me preguntó a quién iba a ver ni cuáles eran mis intenciones.

Pasé por los entretelones del local, esquivando a las chicas que iban y venían de sus actuaciones. Fui buscando puertas hasta que vi una con un nombre: Lois Nelson.

Toqué a la puerta con los nudillos. Una voz, desde el interior, dijo:

—¡Pase!

Hice girar el pomo y penetré en la estancia. Al principio no vi nada, solamente oí ruido de crujir de ropas y cierta agitación detrás

de un biombo.

—Si vienes en busca de «pasta», Buddy de todos los demonios, ya puedes largarte de aquí con viento fresco. Anda y que te la de tu abuela, ¿me oyes?

La voz era agradable aun dentro de la ira que se notaba en sus vibraciones. Pero como todo aquel rosario de insultos no iba dedicado a mí, preferí permanecer en silencio, por el momento.

—¡Buddy! —dijo la voz—. ¿Qué rayos haces ahí todavía? ¿Es que no me has oído? ¡Lárgate, no tengo dinero! Y aunque lo tuviera…

Ya había encendido el cigarrillo, conque, dispuesto a terminar el equívoco, dije:

—No soy Buddy ni tampoco vengo a pedir dinero. En todo caso, a darlo, si la cosa merece la pena.

Sonó una ahogada exclamación. Una cabeza asomó por encima del biombo, emergiendo de un par de hombros redondos y ebúrneos, a continuación de los cuales se adivinaba el comienzo de un busto perfecto.

La boca de Lois se convirtió en una O mayúscula al ver ante sí a un perfecto desconocido.

—¿Quién es usted? —barbotó—. ¿Por qué ha entrado aquí sin mi permiso?

—En eso se equivoca, señorita Nelson. Fue usted misma quien me dijo que pasara.

Un relámpago de rabia asomó a sus bellos ojos negros, que cuadraban estupendamente con la brillante catarata de cabellos del mismo color que se le desplomaba sobre los hombros. Lois tomó una bata de un clavo que había tras ella y se la puso con dos rápidos manotones. Luego salió, atándose el cinturón con fuerza tal que pensé se iba a cortar en dos su magnífico talle.

—¿Qué es lo que viene a hacer aquí? Le advierto que no me gustan los moscones a mí alrededor —dijo, ceñuda.

—Tenía entendido todo lo contrario, señorita Nelson —repuse, flemático—. Pero yo no he venido a mosconear en torno suyo, aunque bien merece que lo haga. Mis intenciones son muy otras.

—Está bien. Hable. Tengo el tiempo tasado.

—Me llamo Jerry Braxton —contesté— y represento a un… llamémosle cliente que tiene interés en entrar en contacto con

determinada persona a la cual conoce usted. Concretamente, a la que acaba de mencionar hace unos instantes.

Lois apretó los labios.

—¿Abogado? ¡Usted es un polizonte! ¿A quién va a engañar con esa fábula que no creería ni un recién nacido? —Hizo chasquear los dedos de la mano derecha—. Vamos, «pies planos», largo de mi camerino.

Procuré armarme de paciencia.

—Repito que no soy policía, sino abogado. Estoy buscando a su… amigo Buddy y desconozco el domicilio actual. Usted lo conoce y puede facilitármelo. Es posible —añadí con cierta negligencia— que usted gane algo si se muestra dispuesta a colaborar.

—¿Colaborar? ¿Para qué quiere saber el domicilio de Buddy? Dígamelo antes y luego veré si me conviene o no decírselo.

—Bueno —me encogí de hombros— quizá me lo quieran decir en Jefatura. En tal caso, usted perdería una substanciosa gratificación que se llevaría, tal vez, el sargento encargado de los archivos. Vea lo que más le conviene, señorita Nelson. Por supuesto, no trato de hacerle el menor daño a su Buddy…

—Mi Buddy —dijo ella con desprecio—. Esa rata de albañal, ese cerdo con dos patas, ese hijo de…

—Pare el carro, bonita. Tiene usted una boca adorable, pero la ensucia con demasiada frecuencia. Me supongo que Buddy es todo lo que dice de él y más, pero no es necesario que lo pregone; basta con que se lo imagine.

Lois desfrunció el ceño y una débil sonrisa apareció en sus labios rojos y pulposos.

—Eres un buen chico —dijo, tuteándome de repente—. ¿Tanto interés tienes en ver a Buddy?

—Como no puedes imaginártelo, monada. —Me acerqué a ella —. ¿Qué resuelves?

Me miró a través de las pestañas entornadas. Mis manos se dispararon en torno a su talle, sin que ella opusiera la menor protesta.

—¿Ésta es la recompensa que me has prometido, buen mozo? —murmuró, entreabriendo los labios.

—Una ínfima parte tan sólo —repuse, bajando la cabeza.

Sentí el calor de su cuerpo duro y joven a través de la liviana bata que vestía. Pero, bruscamente, cuando ya estaba a punto de aplastar su boca contra la mía, ella se retiró un paso atrás y me arreó una bofetada que me hizo dar dos vueltas en redondo. El oído izquierdo empezó a chillarme aparatosamente.

Sacudí la cabeza. ¡Diablos!, vaya una manera de sacudir la de aquella fulana.

Lois extendió su mano, señalándome la puerta.

—Largo, esbirro —dijo con voz sibilante—. Que Buddy y yo estemos peleados no es óbice para que venga un «pies planos» como tú y quiera aprovecharse de la situación. No te diré dónde vive ni aunque me ofrezcas cien mil pavos, ¿te enteras? Largo de aquí o llamaré al vigilante.

—Estás loca por Buddy Torano, aunque no lo quieras demostrar —contesté—. Tratas de fingir que lo odias y que te peleas con él, pero en cuanto asome la nariz por la puerta, le darás todo el dinero que tengas encima y más. Eso, en cualquier lenguaje civilizado, sólo tiene un calificativo que me abstengo de nombrar por decoro propio…

—Si no te vas de aquí, condenado…

En aquel momento se abrió la puerta. Un tipo asomó la cabeza por ella.

—¡Lois! ¡Prepárate! ¡Faltan dos minutos para tu número!

Ella agarró la ocasión por los pelos.

—¡Macey! —gritó—. Sácame a este moscón de encima, pronto.

El tipo me miró. Sus ojos brillaron de un modo que supe que inmediatamente iba a acometer contra mí. Antes de que lo hiciera y aprovechando la coyuntura, empujé la puerta con fuerza, atrapándole el pescuezo entre la misma y el marco. Macey chilló como un conejo herido y trató de soltarse de la presión, sin conseguirlo a pesar de sus esfuerzos.

Miré hacia Lois y sonreí insultantemente.

—¿Éste era el tipo que me iba a echar a patadas? —Me separé de la puerta y Macey se largó, buscando un masajista para su cuello dolorido.

Los ojos de Lois arrojaban lumbre. Agarró un búcaro, tiró las flores a un lado y se dispuso a lanzármelo a la cabeza. Pero no pudo concluir la acción.

Una mujer penetró con violencia en el camerino, venía, a lo que parecía, ciega, y como no me vio, me empujó a un lado, haciéndome trastabillar y casi perder el equilibrio. Lois aprovechó la ocasión y me rompió el jarrón en la cabeza.

Caí al suelo sentado, oyendo a los pajaritos piar en torno a mi cabeza. Debí poner una cara de idiota imponente y me alegro de que no hubiera en aquellos momentos ningún fotógrafo a mano.

No obstante, el golpe había sido menos aparatoso de lo que parecía y pronto pude recobrar la conciencia de mis actos. Abrí los ojos apenas unos segundos más tarde y miré en torno mío.

Lois estaba atendiendo a la mujer, quien se había desplomado sobre un sillón, y pateaba convulsivamente, sin importarle mucho el hecho de que enseñaba un par de piernas como he visto pocas veces. La recién llegada hipaba a gritos, en tanto que la Nelson trataba de calmarla en vano.

—Ayúdeme —pidió la actriz o lo que fuese, que todavía no había tenido tiempo de averiguarlo—. No sé lo que le ocurre a esta chica, pero necesita que se la socorra.

Me puse en pie y me dirigí al lavabo, en donde llené un vaso con agua fría. Volví junto a las dos mujeres y aparté a un lado a Lois.

—Quítese —dije, un segundo antes de lanzar el contenido del vaso a la accidentada.

Ésta tosió, estornudó y volvió a patear. Luego se agarró con mano frenética a su amiga.

—Jeannie, por todos los diablos —juró la Nelson—. ¿Qué te pasa?

—¡Han matado a Lou, Lois! ¡Han matado a Lou! —repetía monótonamente una y otra vez.

Los gritos de la recién llegada empezaban a atraer a la gente. Fui hacia la puerta y la cerré con doble vuelta, regresando acto seguido junto a la pareja. Lois Nelson tenía el rostro blanco como el papel.

—¿Por casualidad —pregunté cortésmente— es esta señora la viuda de Lou Merton?

—Sí —contestó la Nelson—, puesto que dice que él está muerto. —Las palabras crujían en su boca—. ¿Qué infiernos sabe usted de este asunto?



—Nada —repliqué tranquilamente, colocándome un pitillo en la boca—. Nada. Excepto que si no anda viva, es muy posible que a su Buddy le ocurra lo mismo, preciosidad.

# CAPÍTULO VI

Cuando vi que la Nelson salía del «Madeira», tiré el cigarrillo y puse el motor en marcha. Lois llegó hasta la acera, taconeando vivamente y miró a derecha e izquierda.

Al fin pasó un taxi. Lo detuvo y subió al vehículo. Éste arrancó y yo partí en su seguimiento.

Procuré mantenerme en todo momento a una distancia discreta, con los faros a media luz. Rodamos así durante unos quince minutos, al cabo de los cuales se detuvo el taxi.

Paré mi coche a corta distancia del mismo. Lois salió del vehículo y cruzó rápidamente la acera, metiéndome en un portal. Eché a correr detrás de ella, procurando evitar el menor ruido de pisadas.

Entré en la casa. Era relativamente nueva y poseía un vestíbulo amplio, en uno de cuyos lados se veía un pequeño mostrador, destinado al conserje, felizmente ausente en aquellos momentos. Miré hacia el ascensor, viendo que el indicador luminoso se detenía en el número ocho.

Cuando el ascensor hubo bajado, cosa que sucedió poco después, lo tomé, remontándome hasta el piso octavo. Salí fuera y miré a derecha e izquierda por el corredor, en el cual se veían hasta una docena de puertas.

Me rasqué la nuca, indeciso. ¿En cuál de ellas vivía Lois?

Fui mirando una por una. Bueno, Lois no era tan precavida como podía parecer. Su nombre estaba sobre la madera de la puerta. Apoyé el índice en el llamador.

Esperé unos segundos. Al fin, escuché al otro lado un vivo repiqueteo de tacones. La puerta se abrió y el rostro de Lois apareció a través de la rendija.

Su expresión de curiosidad se trocó inmediatamente en una de cólera.

—¡Usted, bastardo! —bramó soezmente. Y trató de cerrar.

Pero la experiencia me había demostrado que con mujeres así no se pueden tener muchas consideraciones. Metí el hombro y la Nelson salió disparada. Cayó perneando aparatosamente. Me desilusionó; no usaba medias en aquel momento.

Lois soltó mi grito, seguido de una blasfemia. Casi en el mismo instante, cuando ya cerraba la puerta, un tipo salió de la habitación vecina.

Era de mediana estatura, con hombros de búfalo y brazos de tronco de olivo. Iba en mangas de camisa, sin corbata, y por la abertura de la prenda asomaba un bosque de pelo negro, tan repugnante como su simiesco rostro, de frente estrecha y deprimida. ¡Y que una mujer como la Nelson se hubiese chiflado por un gorila semejante!

La actitud del tipo no me asustó ni tampoco su aparente fuerza física, que debía ser descomunal, a juzgar por las trazas. Lo que más me molestó fue el revólver que empuñaba en la mano, un *Smith & Wesson* de cañón corto y calibre treinta y ocho.

—Buddy, es un polizonte —chilló la fulana, aún en el suelo y con él, vuelo de la falda sobre la cintura.

—Un polizonte —gruñó Torano—. ¿Estás segura?

—Sí. Estuvo en el «Madeira» haciéndome preguntas acerca de ti. Haz que se vaya, Buddy. Como sea, ¿me oyes?

El cuadrumano meneó el revólver.

—Ya lo oyó, amigo —dijo—. Lárguese. Usted no puede hacerme nada. Estoy limpio, ¿sabe?

Procuré aparentar tranquilidad y me puse un cigarrillo en la boca.

—Si es así, ¿por qué no quiso decirme su chica dónde vivía usted, Torano? Un hombre que no temé a nada, porque su conciencia está limpia no tiene motivos para ir ocultándose, creo yo. ¿Ya le ha contado Lois lo que sucede?

Torano frunció el entrecejo.

—¿Qué pasa? Hable de una vez; la paciencia se me acaba, polizonte.

—En primer lugar, le diré, lo mismo que a su chica, que no soy

de la policía, sino abogado. Me llamo Jerry Braxton y represento en los momentos actuales al señor Clark Drummond. Quizá lo haya oído nombrar usted, Torano.

—Puede ser —replicó el individuo evasivamente—. ¿Y qué más?

—Usted, con otros cuatro más y la esposa de Drummond, pertenecieron en tiempos a la banda de Augie «El Sábanas». Recordará el cuarto de millón que éste robó hará unos años, ¿verdad?

—Mi memoria es flaca, Braxton —contestó el gorila.

—Trataré de refrescársela. Augie dice haberle enviado el dinero a la señora Drummond, antes de que ésta conociera y se casara con el que hoy es su esposo. Ella lo niega. Ahora ha recibido una carta, en la cual se le dice que, si no entrega los doscientos cincuenta mil dólares para que se los repartan los cinco miembros varones de la banda, matarán a su esposo. ¿Fue usted el autor de esa misiva?

—Prefiero no responder, Braxton —repuso el forajido.

Hice un gesto de aquiescencia.

—Bien. Según parece, hay quien, antes de que se haya recobrado ese dinero, no está conforme con el reparto. Quiere algo más de los cincuenta mil dólares que le corresponden. Manera de lograrlo: ir suprimiendo uno por uno a los restantes colegas. Esta noche le ha tocado el turno a Lou Merton.

Torano sufrió una fuerte sacudida al escuchar la última frase.

—¡Cómo! ¿Qué está diciendo, Braxton?

Moví la cabeza en dirección a Lois. Ésta se había levantado y, apoyada en la pared contigua, tenía los brazos cruzados sobre el pecho.

—Ella se lo puede decir. Ha estado hablando con Jeannie Merton.

Los ojos de Torano relampaguearon de cólera.

—¡Perra! —barbotó—. ¿Por qué no me lo has dicho?

—No había tenido tiempo siquiera —contestó ella, empezando a erguirse. Pero no pudo terminar el gesto.

Buddy Torano se fue hacia la mujer y le arreó un mamporro que la tiró de espaldas sobre un diván. Ella no protestó tan siquiera, limitándose a mirarle temerosamente, encogida sobre sí misma.

—Buddy, yo…

Pero el otro no atendía a razones. Parecía haber perdido el

juicio. Levantó nuevamente la mano para golpearla.

En aquel momento, intervine yo. Nunca me han gustado los tipos como Torano. Desde luego, ella se lo tenía bien merecido, por idiota y estúpida; pero al menos, si le iba a dar una paliza, que no lo hiciera delante de mis ojos.

Detuve el movimiento de aquel brazo.

—Ya está bien, Torano —dije, mirándole fijamente a los ojos.

El forajido me devolvió la mirada. Después trató de darme con el revólver en la cara.

Desvié la cabeza a un lado. Luego agarré aquel brazo y lo hice girar rápidamente hasta colocarlo a la espalda de su dueño. El cuerpo de Torano giró también. Entonces, sólo tuve que apoyar el pie en el final de su espalda y catapultarlo a través de la habitación.

Torano atropelló una mesita en su precipitada carrera. La mesita saltó en astillas. El tipo se detuvo solamente cuando encontró el respaldo de mi sillón en el camino de su cabeza y cayó, junto con el mueble.

El revólver quedó a mis pies. Lo recogí y apunté con él al forajido, quien, mientras trataba de incorporarse, arrojaba venablos por su boca.

—Basta ya —dije—. Si sigue así, llamaré al teniente Follingsbee. Usted es un tipo con unos antecedentes más negros que el hollín y la tenencia de este revólver le costaría cuando menos un año a la sombra. ¿Le gustaría pasarse todo ese tiempo lejos de Lois?

Lo amedrenté. Torano miró a la Nelson y se pasó la lengua por los labios.

—Está bien —gruñó—. ¿Qué es lo que quiere?

—Hacerle una contraoferta —le expuse los deseos de Drummond —. Dígame si acepta y en el término de veinticuatro horas estaré aquí con los diez mil dólares y el documento.

—¿Diez mil —resopló Lois bruscamente—, cuando podemos ganarnos fácilmente cincuenta mil?

—Ahora son más —dije con tono incisivo—. Ya falta Merton. Por tanto, son doce mil quinientos más a repartir entre los cuatro vivos. Pero cuando haya muerto otro de ustedes, la suma a repartir aumentará: concretamente, a ochenta y tres mil trescientos treinta y tres dólares con treinta y tres centavos. Habrá todavía un tercer asesinato, y entonces el botín será de ciento veinticinco mil. Por

último, morirá el cuarto y entonces, el último que quede, se embolsará íntegros los doscientos cincuenta mil. Torano, ¿es usted el autor de ese plan tan maravilloso? —terminé mordazmente.

—Diablos, yo… —Gruñó.

—Le recomiendo atienda un consejo —dije—. Y aunque soy abogado y, en este sentido, los abogados tenemos una fama pésima, no le cobraré un centavo por el mismo. Acepte los diez mil de Drummond y lárguese de la ciudad una buena temporada. Es el medio mejor que conozco para llegar a viejo.

Torano vaciló. Luchaba entre la seguridad que le ofrecía yo y su codicia.

—Decídase —insistí—. Por lo visto, el que mató a Merton parece llevar prisa en eliminarles a todos ustedes. Recuerde el viejo refrán: «Más vale pájaro en mano…».

—Está bien —gruñó—. Sea. ¿Con qué garantías puedo contar?

—Con mi palabra, respaldada por el dinero del señor Drummond y el deseo de que su mujer no vuelva a ser molestada. Ahora, la señora Drummond es una mujer decente y arrepentida por completo de todo cuanto hizo de malo en el pasado. Usted debería saberlo mejor que nadie, Torano.

—¡Estúpido! ¡Idiota! —rezongó Lois—. Dejar escapar una oportunidad semejante. No volverás a tener otra en los días de tu vida, pedazo de…

—¡Cállate! —gritó Torano, exasperado—. Hago lo que quiero, ¿me entiendes? Y si no te gusta, vete a los mismísimos infiernos.

—Creí que eras un hombre —dijo ella despreciativamente—. Pero no lo eres más que para pegar a las mujeres; en lo demás…

Torano acabó de perder los estribos. Fuese hacia la Nelson, pero yo le salí al encuentro y le aticé con el cañón del revólver en la muñeca derecha.

—Apártese —ordené perentoriamente—. Dejen las discusiones amistosas para más tarde. Ahora, conteste de una vez: ¿Acepta o no acepta los diez mil?

—Claro que los acepto. No quiero terminar con un ojal en la espalda, como Merton. ¿Cuándo «apoquinará la pasta»?

—Mañana, por la tarde. Pero, antes, quiero que me conteste a unas cuantas preguntas. No crea que le voy a entregar el dinero tan fácilmente. En mi calidad de abogado de los Drummond, creo que

tengo derecho a saber más cosas de las que conozco actualmente.

—Está bien —gruñó el «gángster»—. Desembuche, leguleyo.

—Necesito saber dónde se encuentran los otros tres miembros de la banda. Conozco sus nombres, pero no el domicilio. Es obvio que para llevar a cabo la amenaza, debieron reunirse en algún sitio y quedar de acuerdo en la forma de hacer luego el reparto, ¿no es así?

Torano soltó un gruñido de asentimiento. Empezó a hablar; pero, como no quería soltar el revólver, por si acaso, se lo hice escribir todo en un papel, que luego guardé en mi bolsillo.

—Perfectamente. Comprobaré si es cierto. Y ahora, dígame, ¿a quién se le ocurrió tan brillante idea?

—Augie nos mandó recado con un tipo recién salido de Alcatraz. Dijo que su chica… bueno, la señora Drummond, sabía dónde estaba el dinero, puesto que él se lo había enviado. Que se lo pidiéramos, que a ella no le hacía falta ahora. Y así lo hicimos. Sólo que luego ella manifestó no haber recibido ni un solo centavo de las doscientas cincuenta «sábanas».

—¿Y…?

—Repetimos la intimación un par de veces. Después, como vimos que ella seguía en sus trece, ideamos lo de la amenaza.

—Y… ¿pensaban llevarla a cabo?

Torano apretó los labios. Me dio asco.

—No conteste —dije—, no es necesario. Bien; esté preparado. Mañana a las seis vendré con el dinero. A las ocho creo que sale un avión para el Este. Tenga ya su billete preparado, o dos, si prefiere una grata compañía —añadí, mirando a Lois malévolamente.

Ella me sacó la lengua. Sonreí en tanto levantaba los hombros.

Desde la puerta y una vez vaciado el tambor de balas, arrojé el revólver al centro de la estancia. Apenas hube salido, escuché rumor de cacharros rotos. ¡Lo que se dice una reconciliación, vamos!

# CAPÍTULO VII

Diablos, si aquello había sido un domingo entregado al descanso, yo era un «coolie» chino. De modo que en cuanto me metí en la cama, el sueño me cerró los párpados al instante.

Me despertó el timbre del teléfono. Cuando abrí los ojos, pude darme cuenta de que eran ya muy cerca de las nueve de la mañana. Rezongué algo entre dientes contra el importuno, que resultó ser mi eficiente secretaria, *miss* Stetson.

—¿Señor Braxton?

—Hola, *miss* Stetson. ¿Qué hay?

—Hay un señor esperándole en la salita contigua al despacho. Dice que quiere verle con toda urgencia.

—Bueno, iré en cuanto pueda. Hágale esperar…

—Le ruego no tarde mucho, señor Braxton. Insiste en que es de verdadera urgencia para usted… y para él.

—Está bien —empecé a apartar las sábanas con el pie para no perder tiempo. La fuerza de la costumbre me hizo preguntar—: ¿Cómo se llama?

—Pete Moreno, señor Braxton.

Colgué lentamente. ¡Pete Moreno! Éste era el nombre de otro de los miembros del *gang*. ¡Y nada menos que el tipo venía a verme directamente a la oficina!

Salté de la cama y corrí hacia la ducha, vistiéndome luego en un santiamén. Sin desayunar siquiera, eché a correr escaleras abajo.

Iba tan ciego que al cruzar el vestíbulo del edificio, por poco atropello a una persona. Selene Hyatt protestó airadamente del rudo empujón que la había propinado.

—Jerry —exclamó, indignada—. ¿Qué te pasa? ¿Quién te persigue?

—Nadie —contesté, reanudando la marcha a grandes zancadas —. Pero tengo un cliente en mi despacho y me está esperando con urgencia.

Selene se puso a mi lado, manteniendo el paso.

—Vaya —dijo sardónicamente—. Así quitarás las telarañas que hay en aquella covacha. Ya era hora.

Salimos a la calle y doblé hacia la izquierda, en busca del garaje donde guardaba el coche.

—Tengo el mío aquí —se ofreció ella—. Así puedes ahorrarte tiempo, y de paso hablaremos tú y yo. Aunque no te lo creas, es necesario que lo hagamos.

La miré suspicazmente.

—¿Qué tienes que decirme, Selene? —pregunté, en tanto daba la vuelta al coche.

La miré suspicazmente.

—Eres tú, querido, el que tiene que contarme muchas cosas a mí —respondió suavemente. Puso en marcha el vehículo y salió al centro de la calle—. Por ejemplo, tu interés por Lou Merton y todo lo demás.

Apreté los labios.

—Lo siento —respondí—. Por ahora, no puedo decirte nada. Mi cliente se enojaría, y con razón, si me fuese de la lengua.

—Jeannie Merton es también mi cliente, guapo —dijo ella—. Por tanto, tengo derecho…

—… A dejarme en paz —exclamé desabridamente, interrumpiéndola—. No me opongo a que investigues; pero, si deseas saber algo, tendrás que conseguirlo por ti misma.

—No eres muy galante, que digamos —manifestó ella, ofendida.

—Defiendo los intereses de mi cliente, eso es todo.

—Y tu cliente se llama Drummond, ¿no es cierto?

Aunque procuré dominar el sobresalto que la frase me había causado, no logré disimularlo del todo. Selene rió satisfecha, atisbándome a través del espejito retrovisor.

—Una también usa la cabeza para algo más que hacerse la permanente —dijo con falsa modestia—. Vamos, cuervo correoso, suelta lo que tienes dentro del buche.

—Si se hiciera público, la reputación de mi cliente quedaría terriblemente dañada. Y yo muy desprestigiado; nadie volvería a

confiar en mí.

Comprendió que iba en serio y su expresión varió en un instante.

—Hablemos formalmente, Jerry. Puede que parezca una veleta, pero cuando conviene sé portarme como es debido. ¿De qué se trata?

—Ahora ya no tenemos casi tiempo. Espera a que lleguemos a mi despacho. Después te contaré todo. A última hora, puede que me sirvas de alguna ayuda.

—De acuerdo —dijo Selene, más calmada.

Diez minutos más tarde, llegábamos al edificio donde tengo instaladas mis oficinas. Me extrañó ver un numeroso grupo de gente que se agolpaba en la puerta.

Oí aullar a lo lejos una sirena. El corazón se me oprimió de pronto.

—¡Algo ha sucedido! —grité, tirándome del coche antes de que Selene lo hubiera detenido.

Atravesé el gentío a base de codazos y empujones. Logré cruzar el portal y meterme en un ascensor. Lo puse en marcha y me remonté hasta el piso décimo octavo, donde tengo instalado mi despacho.

Había más gente en la puerta del mismo.

—¡Apártense! —grité enérgicamente. Mi voz obró maravillas.

Crucé la puerta y casi me tropiezo con el tipo que yacía cruzado en la sala de espera, en medio de un lago de sangre. No sé qué hubiera sido peor: no haber desayunado, o tener la tripa llena. En el segundo caso, hubiera tenido algo para devolver. En ayunas, como estaba, el estómago me hizo mil diabólicas piruetas.

El espectáculo no era nada agradable. El asesino había disparado sobre Pete Moreno a bocajarro, volándole la cabeza. No quiero entrar en detalles morbosos; cada vez que lo recuerdo se me revuelven las tripas.

Pasé como pude por encima de aquella carnicería. *Miss* Stetson estaba en mi despacho propiamente dicho.

Como secretaria, *miss* Stetson no tiene precio. Es callada, rápida y eficiente. También es solterona, y anda rondando los cincuenta años. Es alta y delgada y gasta, unas anticuadas gafas que le dan un aspecto poco atractivo, pero como lo que yo quiero en mi oficina es eficiencia, lo demás me importa un rábano. Incluso su puritana

manera de pensar y de conducirse, que la lleva a desaprobar muchas de las cosas que hago. Por ejemplo, tener siempre a mano una botella para un caso dado.

Nunca había visto ni oído que *miss* Stetson bebiera. Por el contrario, tenía vagos informes que me hablaban de ella como miembro activo de una tal Liga Feminista Antialcohólica, lo cual no le impedía en aquel momento estar pegándole a la botella de modo directo, esto es, sin la ayuda de ningún vaso.

También yo necesitaba un buen trago; con que le agarré la botella y me la llevé a los labios. El licor me arregló un tanto el estómago.

—Cuénteme, pronto —dije—. La policía está al llegar.

Me miró con ojos ya vidriosos por el alcohol.

—No… no puedo decir mucho más de lo que ya sabe, señor Braxton —contestó con voz trémula—. Salvo que… mientras estaba trabajando en mi despacho, oí voces en el recibidor. Luego, dos disparos. Salí corriendo… y sólo pude ver al señor Moreno tendido en el suelo…

Alguien gimió cerca de mí. Sin volver la vista, tendí la botella hacia Selene.

—Toma y sacúdete un trago —dije. Selene accedió encantada.

—¿No vio al asesinó, *miss* Stetson?

—No. Ya le dije que todo fue muy rápido. Después de los disparos…

De repente, empezaron a sonar pasos fuertes y ruidosos en el corredor.

—¡La policía! —exclamé—. ¡Atención las dos! ¡No mencionen para nada el nombre de Drummond! ¿Estamos?

Alguien lanzó un gruñido fuera. Después, la voz conocida del teniente Follingsbee atronó las paredes de mi oficina.

# CAPÍTULO VIII

—Y eso es todo —concluí, horas más tarde, después de una suculenta comida que, junto a la agradable presencia de Selene al otro lado de la mesa, había conseguido entonarme notablemente.

Selene asintió.

—De modo que ahora el quinteto ha quedado reducido a un trío —dijo—. Esto aumenta la cantidad a repartir y, por contra, reduce el número de sospechosos también a tres.

—Torano no ha sido —dije.

—¿Cómo estás tan seguro de ello, Jerry?

—El hombre que yo vi anoche, cuando salía del portal de casa de Merton era alto y robusto. Torano también es robusto, pero el asesino le pasa una cabeza, al menos. Además, cuando vi a Torano y le hablé crudamente, le advertí intimidado. Con toda su facha, es un cobarde, créeme.

—Entonces, el asesino es uno de los dos que quedan.

—Angus McCreedle o Al George —dije.

—¿Tienes sus direcciones?

—Claro que sí, Torano me las facilitó. Estaba ansioso por colaborar.

—Bueno, entonces, ¿por qué no vamos a verlos y hablamos con ellos? —sugirió ella.

—Para el carro, monina —dije—. Te he enterado de lo que sucede en tu calidad de abogado de Jeannie Merton. Pero no lo eres de los Drummond, ¿comprendes? De modo que si alguien ha de hacer esas visitas, seré yo, ¿estamos? Además, la cosa se está poniendo caliente y no quiero que te suceda nada, Selene.

Me miró con ojos maravillados.

—Jerry. ¿Qué te pasa? ¿Desde cuándo acá eres tan considerado

conmigo? —Y me agarró una mano.

Diablos, con las mujeres. En cuanto uno trata de hacer algo por ellas, ya se creen que nos tienen locos por sus encantos. Retiré la mano, en tanto lanzaba un áspero gruñido.

—Suelta, guapa. Hay cosas que sólo un hombre puede y debe hacer, eso es todo.

Levanté la mano y acudió el camarero. Aboné la nota y me puse en pie.

—¿A dónde vas ahora, Jerry?

—Tengo que ir a ver a Drummond. Ha de darme el dinero, como convinimos, para pagar a Torano.

—Me gustaría acompañarte —se lamentó.

—Olvídalo, guapa. Me gusta que conserves intacto tu hermoso pellejo.

—¿Para ti? —preguntó con segundas.

—¿Quién sabe? Sea como sea, estás muy bien así, entera, y no en pedazos.

—Gracias por tu interés —suspiró—. ¿Cuándo podré verte?

—En la guía telefónica podrás encontrar mi nombre y dirección. ¡Adiós! —Y salí.

De allí me dirigí directamente a casa de los, Drummond, adonde había quedado citado con él. Me recibió una pizpireta doncella que me hizo pasar en el acto a un bien montado despacho, donde quedé aguardando la llegada del dueño de la casa.

Ésta no era exageradamente grande, aunque sí demostraba la buena situación económica en que se desenvolvía Clark Drummond. Los muebles eran lujosos y caros, aunque sin estridencias, lo cual contribuía más aún a acentuar la nota de buen gusto en la mansión.

Drummond penetró un minuto más tarde. Era un individuo de unos treinta y cuatro o treinta y cinco años, gallardo, de magnífica estampa y rostro enérgico y agradable a un tiempo. Vestía un traje de chaqueta clara y pantalón gris oscuro, de estupenda factura, y tenía todo el aspecto de un galán de cine. Hubiera hecho dinero, indudablemente, si hubiera querido dedicarse a dicha profesión.

—Me alegro de conocerle, señor Braxton —dijo—. Ofelia me ha hablado mucho y muy bien de usted.

—La señora Drummond se ha portado conmigo con suma benevolencia —sonreí—. En realidad, el trabajo es relativamente

sencillo.

—¿Lo cree usted así? —dijo Drummond. Su rostro se había puesto serio repentinamente—. Ya se han cometido dos asesinatos en menos de veinticuatro horas. Y precisamente, en dos de los individuos que tuvieron la desfachatez de amenazarme.

—Es cierto, señor Drummond. Sin embargo, y en el segundo de los casos, lamento vivamente lo sucedido. Pete Moreno fue muerto en mi propio despacho. Había ido a verme sin que nadie le llamara, de donde deduzco que lo que tenía que decirme era muy importante.

—Ahora ya no podrá hablar —musitó Drummond—. ¡Qué lástima!

—Verdaderamente —comenté—. De todas formas, aún podemos hacer algo. Poseo las direcciones de los otros dos forajidos restantes. Me las dio Torano.

—¿De veras? —El rostro de Drummond se iluminó—. Pero ¡eso es magnífico! Si tiene tanta suerte en convencerlos como a Torano…

—Espero que sí. En cuanto salga de aquí iré a verles.

—Espléndido —aprobó el dueño de la casa—. Bien, le daré el dinero. ¿Cuándo piensa ir a verlo?

Consulté mi reloj. Eran las tres de la tarde. Tenía tiempo de redactar el documento y tenerlo listo para la firma.

—A las seis —dije.

—Perfectamente. —Drummond pasó detrás de la mesa de despacho y abrió uno de los cajones, del que sacó un buen fajo de billetes, que me entregó acto seguido—. Bien, cuando se hace una promesa es preciso cumplirla. Aquí hay diez mil dólares para Torano.

—Le extenderé un recibo… —empecé a decir, pero él levantó la mano.

—Olvídelo, amigo Braxton —dijo benévolamente.

—Gracias por la confianza que demuestra en mí, señor Drummond. Procuraré no defraudarla. —Empecé a caminar hacia la puerta—. Le tendré al corriente en todo momento de mis gestiones.

—Se lo agradeceré infinito, Braxton.

Salimos al vestíbulo. Éste tenía dos puertas de salida, aparte de las que conducían a las otras piezas de la casa. Por una de las

primeras, viniendo del jardín contiguo, apareció Ofelia Drummond.

Después de lo ocurrido, contemplar a aquella hermosa mujer era una visión que reconfortaba el ánimo. Ofelia vestía un lindo modelito para jardín, de recatado aspecto, pero que no conseguía disimular por completo su espléndida anatomía. A pesar de que venía de tomar el sol, su rostro aparecía pálido y en él destacaban dos labios de sangrante colorido.

Esos labios se distendieron en una suave sonrisa al verme.

—¡Señor Braxton! —exclamó—. ¡Cuánto me alegro de verle!

Estreché su mano, hallándola fría y casi sin vida. Era evidente que las preocupaciones no la dejaban en paz, y ello se reflejaba en su físico.

—Lo celebro infinito, señora —murmuré, inclinándome. Ella miró a su esposo con gesto inquisitivo.

Clark Drummond sonrió también.

—El amigo Braxton lo está haciendo magníficamente, cariño. Tuviste una buena idea al utilizar sus servicios. Nunca sabremos agradecérselo de manera suficiente.

—Me están llenando de elogios que no merezco —manifesté—. Esperen a que todo haya terminado para volcar sobre mí el carro de los ditirambos.

—Clark tiene razón —dijo ella. Se le acercó y Drummond pasó su brazo por el esbelto talle que tenía a su alcance—. Todo cuanto haga por nosotros, redundará en beneficio de nuestra dicha y, por tanto, jamás tendremos con qué darle la recompensa adecuada.

Y al pronunciar estas palabras, apoyó la cabeza en el ancho pecho de su esposo, después de dirigirle una mirada cargada de pasión. ¡Cómo los envidié en aquellos momentos!

—Verlos así siempre sería la mejor recompensa a que podría aspirar —dije. Y me despedí.

De allí me encaminé a mi oficina, en donde redacté el documento, con la ayuda de *miss* Stetson, en parte recobrada del terrible susto de la mañana. Terminamos una hora más tarde, después de lo cual empecé a pensar en ir en busca de Torano.

Cuando me disponía a salir, mi secretaria dijo:

—Tengo que pedirle perdón, señor Braxton.

Levanté las cejas.

—¿Perdón? ¿Por qué, *miss* Stetson?

El apergaminado rostro de mi secretaria se coloreó bruscamente.

—He… he pensado mal de usted muchas veces, señor Braxton. Oh, no en el sentido de jefe mío, que siempre se ha portado muy consideradamente conmigo y me paga un sueldo incluso superior al que merezco.

—¿Entonces?

Se puso aún más encarnada.

—Verá… —Le resultaba difícil expresarse—. E… esa botella de *whisky* que siempre tenía a mano y de la cual le veía beber en más de una ocasión… Bueno, la verdad es que hoy me vino estupendamente y que a no haber… a no haber sido… Oh, ¿qué dirán de mí en la Liga Feminista Antialcohólica si llegan a saber que esta mañana estuve a punto de embriagarme?

No pude evitar soltar la carcajada.

—¡Conque es eso lo que la preocupa! No sea ingenua, *miss* Stetson. Como usted, detesto a los ebrios consuetudinarios; pero no dejo de reconocer que una copa de vez en cuando da mucha animación a esta perra vida. Haga lo que yo, y verá qué bien lo pasa.

—Sí, es probable. Quizá… Esto… señor Braxton.

—¿Sí, *miss* Stetson? —dije, procurando disimular mi impaciencia por las dilaciones a que me sometía la solterona.

—Esta mañana olvidé de decirle algo. Estaba tan… aturdida. Créame; nunca me he visto en un apuro semejante, se lo aseguro.

—Claro, claro, me lo supongo. ¿De qué se trata?

—Del señor Moreno, del pobre desgraciado que asesinaron aquí, casi delante de mis narices… Oh, qué horrible… Bien, señor Braxton, no quiero ser más pesada. Como le anticipé por teléfono, el señor Moreno le necesitaba con urgencia, con *verdadera* urgencia. Pareció muy contrariado al no verle en el despacho. Cuando le indiqué que se sentara y aguardara su llegada, empezó a refunfuñar entre dientes. No le entendí apenas lo que decía. Solo: «Ese puerco Cara de Chivo»… Y luego un calificativo que… Oh, no me haga repetirlo, señor Braxton; jamás he pronunciado en mi vida palabra tan indecente.

*Miss* Stetson estaba como la púrpura. No pude por menos de compadecerla, aunque sonreí por aquello de la fachada.

—Está bien, está bien, *miss* Stetson —la tranquilicé—. Muchas

gracias. Tiene usted un espíritu realmente observador. Se lo agradezco de veras.

—¿Cree usted que eso podrá ayudarle, señor Braxton? —preguntó ansiosamente la buena mujer.

—Por supuesto. Oh, claro que sí. Gracias. Adiós —y despidiéndome a trompicones, corrí hacia el ascensor.

Fui directamente a casa de Torano. Perdí el viaje, porque Torano no estaba allí. Ni tampoco la Nelson.

## Capítulo IX

—De modo que dice que los vio salir.

El conserje del edificio asintió pesadamente.

—Así es, señor —contestó—. Y llevaban mucha prisa, a lo que parecía. El señor Torano llevaba un maletín en cada mano. Tomaron un taxi y…

—¿Oyó darles la dirección al chofer?

El conserje denegó vigorosamente.

—Sólo les vi meterse en el coche. No me dejaron ningún recado ni tampoco dijeron dónde iban, ni cuándo volverían. A mí —se encogió de hombros con indiferencia— como ella tiene pagado el apartamiento hasta fin del trimestre…

Puse un billete de a dólar en la mano del conserje. Luego le pedí para utilizar el teléfono y me puse en comunicación con el aeropuerto.

—No, señor, no se ha reservado ningún billete a nombre del señor y la señora Torano —me contestaron—. De nada, las gracias a usted, señor.

Colgué el teléfono sumamente preocupado. ¿Dónde diablos había podido esconderse la pareja? Y aún más, ¿era que iba a pasarme el tiempo tras ellos? A fin de cuentas, mi profesión no es la de detective y yo tenía trabajo en la oficina que se acumularía indefectiblemente si no lo atendía. Y actuar así era la manera mejor de ir perdiendo clientela.

Salí del edificio, momentáneamente desconcertado, sin saber qué hacer. Allí estaba yo con un documento inútil por el momento, más diez mil dólares en el bolsillo, que me quemaban como si fuesen brasas encendidas, aparte de causarme una buena molestia por el bulto que hacían en mi chaqueta.

Por un momento, estuve tentado de enviarlo todo al diablo y dejar que aquellos granujas se fueran matando unos a otros. ¿Es que se merecían algo mejor? Pero luego, el recuerdo de los Drummond tan tiernamente abrazados, el inmenso amor que se profesaban y, sobre todo, el hecho de que ella fuese una mujer resuelta a vivir con completa decencia y olvidada para siempre de su mala vida anterior, me hizo desistir de tan nefasto propósito.

Conque me senté tras el volante del coche y me encaminé a la calle Alabama. Allí, en el seiscientos quince vivía Al George.

# CAPÍTULO X

Al George era un tipo robusto, sanguíneo, de aspecto campechano y simpaticote, cosa que no impidió que me mirara con recelo al aparecer en la puerta de su domicilio.

—No, señor —me espetó secamente, apenas le hube relatado el objeto de mi visita—. Conmigo da usted en hueso, amigo.

—¿Por qué?

—Porque yo no he formado parte de ese Comité Pro Liquidación de los Drummond. Ahora yo también soy una persona honrada, ¿sabe? Lo mismo que Ofelia. He resuelto romper con todo mi pasado y me gano la vida demasiado bien y, sobre todo, demasiado tranquilamente para seguir cometiendo porquerías de esa índole.

Le miré desconcertado.

—Torano me citó su nombre, George —manifesté.

—Torano es mi granuja y muchas cosas más que no se pueden decir en alta voz. Lo habrá hecho con ánimo de perjudicarme.

—¿Acaso le propusieron unirse a ellos y usted se negó?

—¡Qué! Si hace un siglo que no les veo. Desde que «enchiqueraron» a Augie, concretamente. Entonces, me dije: «Al, date pronto la salida o te veo en Alcatraz haciendo compañía a Augie para el resto de tus días. Esta profesión que desempeñas no es la mejor para vivir sin visitar a diario al cardiólogo». Conque, así lo hice y aquí me tiene. Vendo utensilios eléctricos en una tienda de Lymington Place. El dueño me tiene en mucha estima.

Se llama Forristown. Vaya a verle y pídale informes de mí.

—No hace falta —dije—. Le creo, George.

—Gracias. Es usted un buen tipo y me gusta. También me gusta que Ofelia se haya corregido. Tipos como Augie tuvieron la culpa de la vida que llevó. Ahora haría cualquier cosa para que no la

sucediera nada, créame, señor Braxton. Esos cerdos no me dijeron nada porque ya una vez, al poco tiempo de encerrar a Augie, me propusieron unirme a ellos para dar un golpe y les dije que «nanay». Y ahora no lo han hecho porque a lo mejor habrían pensado que podría irme con el soplo a la policía. No soy un «canario», pero en el caso de Ofelia habría cantado hasta romperme la campanilla.

Me acaricié la mandíbula pensativamente.

—Entonces ¿quién diablos podrá —ser el quinto miembro de la banda, amigo George?— pregunté; pero, cual si hablase conmigo mismo.

El antiguo *gángster* se encogió de hombros.

—¡Vaya usted a saber! ¡Quizá ese bastardo de Torano quiso tomarle el pelo! ¿No dice que «se las ha pirado» sin aguardar siquiera a recibir los diez mil «pavos»?

—Claro. Pero no acabo de comprenderlo.

—Ni yo tampoco, francamente.

Me despedí de George. Sin embargo, cuando ya estaba a punto de salir, me volví, hacia él.

—George.

—¿Sí, señor Braxton?

—Usted ya sabe que Merton y Moreno han muerto, este último en mi propio despacho. Pero Moreno pudo hablar antes de morir. Mencionó a un tal «Cara de Chivo». ¿Lo conoce usted?

—Un tipo repugnante en todos los sentidos, señor Braxton —contestó el arrepentido *gángster* sin vacilar—. Tenga cuidado con él; es un mal bicho. No tiene moral ni respeto para nadie, sólo piensa en el dinero y en el dinero. Vendería a sus hijos, si los tuviera, por un dólar. Su nombre es Burt Byles, pero ni él mismo se acuerda ya de que lo tiene, usted ya me entiende, ¿verdad?

Asentí sonriendo.

—Perfectamente, George. Y ahora, un consejo: ándese con cuidado. Dice usted que ahora no ha tenido relación con esos tipos. Pero no deja de saber cosas de ellos que pueden molestarles un día. Mire siempre a su espalda cuando vaya por la calle.

—Lo haré así, se lo prometo, señor Braxton —contestó agradecido el antiguo *gángster*.

Cuando salí de casa de George, entre unas cosas y otras, se me habían hecho ya las ocho de la noche, vacilé unos momentos, en

tanto me tomaba una copa en el bar más próximo, y luego resolví ir en busca de McCreedle, el último miembro del clan.

McCreedle vivía en la parte alta de la ciudad, hacia las colinas, en uno de los pretenciosos edificios de varios pisos que han levantado por allí, con ánimo de que sus ocupantes puedan gozar de la vista del mar por delante y del sol por la parte trasera. Las señas que me había dado Torano no podían ser más explícitas y así encontré enseguida el domicilio del cuarto individuo que buscaba.

Subí en el ascensor hasta el séptimo piso que era el de McCreedle. Busqué la puerta correspondiente a su apartamiento y llamé a la misma.

Ésta se abrió enseguida.

—Pase —dijo una voz opaca.

Entré bastante receloso de no ver a nadie delante de mí. Pensé que la puerta se abría, como otras muchas, por control remoto. Apenas había cruzado el umbral, sentí a mis espaldas el rumor de una agitada respiración.

Quise volverme, pero ya era tarde. Algo duro cayó sobre mi nuca, haciéndome ver todas las estrellas del Universo, un segundo antes de facilitarme un billete directo para el país de los sueños.

# CAPÍTULO XI

Cuando desperté, noté que tenía el rostro apoyado en algo cálido y de agradable blandura, una voz me llamaba con ansia, al mismo tiempo que una mano me daba suaves palmaditas en la otra mejilla.

—Jerry, Jerry…

Abrí un ojo. Percibí un agradable perfume y el principio de un sensacional escote a tres centímetros de mi pupila. La voz me resultaba conocida, aunque de momento, el atontamiento me impedía identificarla.

—Jerry, despierta. Lo hice sin querer, te lo aseguro… —Lloraba, se advertía claramente—. Creí que… que serías algún ladrón y… y te golpeé sin pensar… Jerry…

En medio de todo, y aunque la cabeza me dolía bastante, no se estaba del todo mal, con el rostro apoyado contra el mórbido pecho de Selene. Decidí seguir así unos momentos, hasta que me noté bastante repuesto.

Entonces fingí despertarme.

—¿Dónde estoy? —dije.

—¡Jerry! —gritó ella con alegría—. ¿Estás bien?

Claro que sí, pero había que disimularlo. Puse mi gesto más hosco y respondí:

—De modo que has sido tú, ¿eh?

La rubia estaba arrodillada junto a mí y se separó levemente, mirándome con expresión compungida.

—Dispénsame, Jerry. Pensé que serías… Oh, Dios sabe quién. Temí algo y, sin pensarlo dos veces… te aticé con lo primero que encontré a mano.

Miré el suelo, lleno de trozos de cerámica blanca. Arrugué el entrecejo.

—Es la segunda vez que me rompen un jarrón sobre la cabeza en menos de dos días —mascullé, frotándome el lugar donde había recibido el golpe—. Este jarrón debía ser más fuerte que el que usó la Nelson conmigo. ¿Qué diablos hacías tú aquí? —pregunté de pronto.

—Trataba de ayudarte, Jerry —contestó ella.

—Vaya un modo de hacerlo —mascullé—. Podías haberte ahorrado el esfuerzo. Aquí vive McCreedle. ¿Cómo te enteraste de su domicilio?

Una picara sonrisa apareció en el lindo rostro de Selene.

—Si te lo digo, te vas a caer de espaldas, Jerry. Prefiero no avergonzarte.

—Está bien. —Me puse en pie—. A lo que veo, el dueño no está en casa.

—No. Está trabajando.

—¿Dónde?

Selene volvió a sonreír.

—En el «Madeira». Es el jefe de electricistas.

Lancé un juramento.

—Soy el abogado más estúpido que hay bajo la capa del cielo. Debí habérmelo supuesto. Ahora sólo me falta que me digas que encontraste su domicilio por la guía telefónica.

—Pues así fue aunque tú no quieras creértelo, Jerry. De modo que vine aquí para ayudarte, pero no he podido hacer nada, porque no está en casa.

—¿Y cómo sabes que trabaja en el «Madeira»?

Selene fue hacia una mesita cercana, de donde tomó un sobrecito de fósforos con la propaganda del local.

—Se me ocurrió que quizá allí podrían saber algo de él. Figúrate, primero pensé en él como un cliente habitual, pero luego estuve a punto de caerme de espaldas cuando me dijeron que era el jefe de electricistas.

—Conforme, conforme —gruñí, un tanto molesto porque la perspicacia de la muchacha hubiera dado frutos tan espléndidos. ¿Habría sido yo capaz de conseguir tanto?—. Voy al cuarto de baño a curarme un poco. Vuelvo enseguida.

—Está bien, Jerry —dijo ella, encendiendo un cigarrillo con aire voluble.

Permanecí en el cuarto de baño durante diez minutos, aplicándome compresas de agua fría a la parte afectada por el golpe, hasta que estuve seguro de hallarme mejor. Entonces me sequé, arreglé el nudo de la corbata y me peiné. Después salí.

El cuarto de baño estaba situado en la parte opuesta de la casa, para llegar al vestíbulo era preciso atravesar un dormitorio. Lo hice y cuando ya estaba a punto de abrir la puerta, oí rumor de voces.

Todo mi cuerpo se tensó al instante. Había dejado sola a Selene. ¿Con quién estaba hablando ahora?

Procurando no hacer el menor ruido, entreabrí la puerta. Hube de dominar mi sobresalto al ver un individuo de espaldas a mí, apuntando a Selene con una pistola.

—Vamos, vamos —decía el tipo, menudo y esmirriado, con voz chillona—. ¿Crees que no sé lo que pretendes? Tú eres la chica del abogado Braxton. Me lo ha dicho la viuda de Merton, y los dos trabajáis en combinación. ¿Qué diablos andas buscando aquí, preciosa?

Para hacer honor a Selene, he de decir que la muchacha no se había inmutado. O, por lo menos, procuraba no demostrarlo. Aparecía tranquila y calmosa, aunque de sobra sabía que no podía estarlo mucho hallándose frente a un tipo armado con una pistola.

—¿Es usted el señor Angus McCreedle? Si no lo es, el mismo derecho tengo yo de hacerle esas preguntas —contestó ella.

—Desde luego —rió el tipejo—. Pero no tienes pistola, guapa, y yo sí. Ésa es la diferencia, ¿comprendes?

—No irá a pegarme un tiro, ¿verdad? No soy ninguna ladrona, amigo.

—Pero estás en una casa que no es la tuya. Y yo soy aquí el huésped de McCreedle…

—¡Ah! —le interrumpió Selene—. Conque McCreedle vive aquí. Vaya, pues celebro tanto saberlo. ¿Cuándo podré verle?

El forajido soltó una obscena blasfemia. Selene se puso encarnada hasta las orejas.

—Modere su lenguaje, pequeño canalla —le dijo ásperamente—. ¿O es que piensa usted que está delante de alguna de las pécoras que acostumbra a frecuentar?

—Hablo como me da la gana, entrometida —gruñó el *gángster*—. Y ahora —avanzó un paso hacia ella—, va a decirme lo que hacía

aquí, o de lo contrario…

Selene emitió una risita irónica.

—¿Piensa que he venido sola, aborto de hombre? —Trataba de exasperarle y estaba a punto de conseguirlo—. Mire, mire a su espalda y verá quién está detrás de usted.

—Ése es un truco muy gastado, chica. Vuélvete.

—¿Qué es lo que piensa hacerme? —preguntó Selene, alarmada.

—Te lo diré ahora, enseguida —respondió el otro con maligno acento—. Haz lo que te he dicho.

Selene encogió sus lindos hombros.

—Bueno, usted verá lo que hace. Pero si se molestase en volver el rostro ese de macho cabrío que tiene, vería que hay detrás de usted un tipo con una banqueta en la mano, dispuesto a desparramarle los sesos por la alfombra.

Confieso que al oír el apelativo que Selene acababa de dirigirle al pistolero estuve a punto de perder la ecuanimidad. Ahora comprendía quién era el tipo.

Pero no tuve mucho tiempo para entretenerme en disquisiciones. «Cara de Chivo» se volvía ya hacia mí, con una mueca de ira en su repugnante carátula.

Lo de la banqueta era cierto, pensaba habérsela roto en la cabeza pero como la distancia era aún un tanto excesiva, hube de arrojársela con todas mis fuerzas. El golpe alcanzó al pequeñajo en pleno pecho, derribándole de espaldas cuan largo era.

—¡Viva! —gritó Selene, precipitándose a recoger la pistola que se le había caído al forajido.

Éste era, a pesar de su aparente endeblez, un tipo duro y resuelto, y de aguante. Se incorporó de un salto, y al hacerlo vi brillar en su mano una larga lengua de acero.

—¡Cuidado, Jerry! —gritó Selene—. ¡Lleva un cuchillo!

«Cara de Chivo» se me acercó, babeando de ira. Su mano empuñaba la navaja de muelles con fría malignidad.

Sentí que se me contraía el estómago. «Cara de Chivo» advirtió mi turbación y se echó a reír.

—Bueno, vamos a ver de qué color tienes las tripas, maldito picapleitos. Ya puedes ir buscando…

—Tírale, Selene —dijo perentoriamente.

—Ella no sabe manejar una pistola —contestó con desdén el

gángster—. Ni siquiera sabe dónde tiene el seguro.

—¿De veras? —dijo Selene con sarcasmo. La vi maniobrar en el arma y un segundo después sonaba un pavoroso estampido.

«Cara de Chivo» dio un salto a un lado, espantado por el disparo. Selene le apuntó con el arma.

—Tire ese cuchillo o le agujereo las tripas, canalla —le amenazó la muchacha—. Y le advierto que no pienso repetir la intimación, ¿estamos?

El pavor asomó a los ojos del forajido. Toda la valentía de que había hecho gala durante aquellos momentos le desapareció en un santiamén y su rostro se tornó del color de la ceniza.

Avancé hacia él:

—Este cuento tiene una moraleja —dije—: «No confíes nunca en la señora cuya mano tiene una pistola». —Y le arreé un sopapo que lo hizo volar hasta el otro lado de la habitación. Aquello era una especie de desquite por el rato de miedo que me había hecho pasar.

Luego me fui hacia él. Sin pistola ni cuchillo, Burt Byles era, como todos los de su ralea, un despreciable cobarde que ni una mirada siquiera merecía. No obstante, como tenía que hacerle algunas preguntas, le tomé por las solapas del traje y le zarandeé durante unos momentos hasta que lo tuve convenientemente ablandado.

—Bueno —dije—, y ahora, vamos a ver qué tales dotes de canario posees. ¿Viste a Augie en Alcatraz?

—Sí —parpadeó con un hilillo de voz.

—Y él te dijo lo de les doscientos cincuenta mil, ¿no es así?

Asintió con los párpados.

—¿A quién se lo dijiste primero? Eran cinco a repartir; uno de ellos no ha querido tomar parte en el trato. ¿Estás enterado de esto?

—Sí. Yo… yo se lo dije a McCreedle primero. Luego éste reunió a los otros… menos a Al George. Dijo que éste no quería ni oír hablar del asunto.

—Y acertó —dije incisivamente—. Dime, «Cara de Chivo», ¿se resolvió luego que la otra quinta parte del botín sería para ti?

—Sí, claro.

—¡Idiota! ¡Pobre y pequeño idiota! —dije despreciativamente—. Parece mentira que, conociendo a esos tipos, creyeses que iban a pensar en desprenderse de cincuenta mil dólares sólo por dártelos a

ti. En premio a tu labor de mensajero, ¿verdad?

—Un trato es siempre un trato…

—Entre personas decentes, estúpido. Pero ni tú ni los otros lo sois. ¿A quién se le ocurrió la idea de escribir a la señora Drummond?

—Fue… en una reunión que tuvimos, cuando nos… se hubieron convencido de que ella no iba a soltar la pasta. La idea fue de todos, se lo aseguro.

—¡Un buen quinteto para la cámara de gas! —mascullé—. Y ahora, la última pregunta. ¿Dónde está Torano? Ha salido de su casa y quiero saber a dónde se ha dirigido.

—No lo sé, se lo aseguro.

Le di un par de bofetadas para estimular su memoria, pero el tipo se puso en negativa y no soltó prenda.

—Déjale ya, Jerry —intervino Selene—. Si lo supiera, ya te lo habría dicho. Ya has averiguado bastante. Vámonos.

—Por supuesto. Pero no quiero irme sin antes haberle dejado a este eslabón perdido un buen recuerdo de mi parte.

Lo icé a pulso con la mano izquierda y luego disparé la derecha, convenientemente cerrada, hasta su mandíbula. «Cara de Chivo» giró los ojos como un bizco por un instante y luego los cerró. Aflojé los dedos y cayó sobre el diván.

—Vámonos, preciosa —dije, tomando el brazo de Selene. Ella tiró la pistola a un lado y salió junto a mí, ágil y airosa, como si no hubiera sucedido nada de particular.

—Bueno, ¿y qué te parece todo esto, Jerry? —dijo, mía vez estuvimos de camino hacia la ciudad.

—Un embrollo fenomenal —mascullé—. ¿Por qué se le ocurriría a ese condenado Follingsbee acordarse de mí?

—No te quejes, gruñón. Cuando todo esto haya terminado, habrás obtenido pingües beneficios y, ¿quién sabe?, hasta una publicidad nada desdeñable.

—Déjame en paz —gruñí. En aquellos momentos, el dinero y la publicidad no me importaban tanto como saber una o dos cosas. ¿A qué había ido a verme Pete Moreno a mi despacho? ¿Por qué tanta urgencia en entrevistarse conmigo? Y después, ¿cuáles habían sido las causas de su enojo contra «Cara de Chivo», según me había asegurado oírle *miss* Stetson?

—Chico, parece que hayas olvidado todas las normas de galantería y convivencia con las damas —se quejó ella, ofendida.

Paré el coche. Selene tenía razón. Después de lo que había hecho —o intentado hacer— por mí, no era justo mostrarle la cara agria.

La atraje hacia mí.

—Voy a pedirte perdón —dije suavemente, y sentí el trémulo latir de su corazón junto al mío.

Ella me miró. Una estrella se reflejó doblemente en sus pupilas. Sus labios se entreabrieron, al mismo tiempo que su seno empezaba a palpitar aceleradamente.

—Jerry —susurró—, si lo haces bien, te lo concederé enseguida.

—¿Así? —dije, un segundo antes de aplastar aquellos labios frescos y jugosos con los míos.

Me empujó para desasirse de mí. Estaba sin aliento, falta de respiración, pero contenta y satisfecha.

—Supongo que ahora tendré perdón para un par de veces, ¿no es así? —dije zumbonamente, en tanto volvía a hacer arrancar el coche.

Ella no contestó. Por el rabillo del ojo la vi preocupada.

—Jerry.

—¿Sí, belleza?

—¿Irás a ver ahora a McCreedle?

Sacudí la cabeza vigorosamente.

—Ni hablar. Tu amigo del alma —dicho sea en el mejor sentido de la palabra—, tiene unos deseos locos de tumbarse a dormir. Ya veré a McCreedle mañana… sobre todo cuando haya digerido los efectos de nuestra visita a su domicilio y la entrevista con «Cara de Chivo».

—¡Jerry! Deberíamos ir a avisarle. Está corriendo peligro de que lo asesinen. Ya han matado a dos de ellos… Me encogí de hombros.

—Ésa es mala simiente, que conviene desarraigar, Selene. Por otra parte, los tipos como McCreedle no suelen ser tontos, y ya habrá relacionado las muertes de Merton y Moreno lo suficiente como para andar bien precavido. El mismo se avisará, descuida.

—Entonces, ¿no irás a verle?

—Claro que sí. Pero antes, haré otra visita.

—¿A quién?

Ensayé la mejor de mis sonrisas.

—Perdona que me lo reserve, hermosura, pero no tengo ganas de que mañana me rompas otro búcaro en el cogote. ¡Cielos!, estoy saliendo a jarrazo por día.

Selene trató de mostrarse insinuante. Alargó la mano derecha y empezó a acariciarme la barbilla.

—Anda, monín, suéltalo ya. Díselo todo a tu palomita…

—Selene, déjame; estoy conduciendo y no tengo ganas de que nos citen en la crónica de sucesos.

Se fue al otro lado del asiento, toda enfurruñada.

—Ya sé por qué no quieres decírmelo. Se trata de una mujer. ¿Qué haré yo, pobre de mí, mientras tú te solazas contemplando a otra… o quién sabe si algo más que contemplando?

—La mujer que pienso visitar no creo que tenga muchas ganas de solaz, Selene. —Y apenas pronunciadas tales palabras, me arrepentí de mi ligereza.

Ella chasqueó los dedos.

—Ya sé. Vas a visitar a la Drummond.

—Bueno —respiré aliviado. Al menos, no había acertado, lo cual me dejó un poco más satisfecho—. Está bien. Sí, iré a verla.

—Es muy guapa, ¿verdad?

—No tanto como tú, Selene —contesté. Volvió a acurrucarse a mi lado y emitió un hondo suspiro.

—Jerry, eres un tipo encantador y harás un esposo excelente y padre magnífico, te lo aseguro.

—Esposo y padre, ¿de quién, si puede saberse?

—¿Quieres que me ruborice? —dijo ella, toda pudorosa.

Solté la carcajada.

—Tú, con el espíritu de un caimán, ruborizarte. Selene, es como para tumbarse de risa.

*¡Plaf!*

El bofetón que me arreó sonó como un latigazo. Por un momento, los ojos se me llenaron de lágrimas y, enturbiada la visión, el coche empezó a hacer eses de un lado a otro de la carretera. Conseguí dominarlo antes de que saltara por un barranco de cincuenta metros de profundidad y luego de detenerlo casi en seco, me volví hacia ella.

—Perdón, Jerry —dijo atemorizada, viendo mi cara fosca—. Te aseguro que no lo volveré a hacer. Fue… eh… la mano se me ha

ido…

La atraje hacia mí de nuevo. Ella lanzó un gritito de alegría y se refugió apasionadamente en mis brazos.

El rayo de luz de una linterna nos sacó de aquel éxtasis.

—Vamos, vamos —gruñó una voz de acento bonachón—. ¿Por qué no se refugian en casa para hacerse el amor?

Selene se separó de mí y se atusó el pelo con coquetería.

—Tiene usted razón, guardia —dijo al de tráfico—. Mañana mismo iremos a elegir nuestro pisito.

—Eso es lo que ella se cree —rezongué yo, metiendo una marcha. Salí de estampía y pronto estuvimos de nuevo en el centro urbano.

Dejé a Selene en su casa y luego me encaminé a la mía. Al entrar en ella, alguien me golpeó con fuerza, haciéndome rodar por el centro de la estancia.

# CAPÍTULO XII

Durante diez minutos, hice de balón de entrenamiento para unos cuantos individuos cuyo número no pude calcular, como tampoco el de los golpes que recibí. Al terminar, tenía un ojo a la funerala, los labios hinchados, los costados de corcho y dos dientes bailándome de modo estremecedor en las encías, además de un más que regular corte en la mejilla izquierda.

—Bueno —dijo de pronto una voz—, ya podéis largaros, chicos.

Me quedé solo con uno de aquellos tipos. Sabían lo que se traían entre manos. En tanto duró la monumental paliza, que me había dejado en el suelo convertido poco menos que en un guiñapo, no habían pronunciado una sola palabra ni hablado nada que pudiera delatar su presencia o su identidad por la voz.

Miré al individuo. Era grueso, con papada, de ojos saltones y labios delgados y crueles. Se sentó en un sillón, con una pistola en la mano y un costoso habano en la otra, mirándome a través de los párpados entreabiertos.

—¿Tiene ya bastante, maldito curioso? —preguntó.

—¿Quién es usted? —pregunté con dificultad a través de mis hinchados labios. Debían parecer morcillas, y en mi boca notaba el gusto cálido y salino de la sangre.

—Uno a quien usted ha estado buscando esta tarde, picapleitos. Me llamo McCreedle y sé lo que quiere de mí. Pierde el tiempo, ¿sabe?

Traté de encogerme de hombros, pero un vivo dolor en el omóplato izquierdo me lo impidió. ¡Qué tíos! No habían dejado región de mi anatomía sin su golpe correspondiente.

—Usted sí que lo pierde —contesté—. No sólo perderá el dinero que Augie les ha dejado, sino también los diez mil dólares que les

ofrece el señor Drummond por dejarle en paz a él y a su esposa.

El individuo soltó una irónica risotada.

—¡Tiene gracia! Conformarme con diez mil dólares cuando puedo obtener, por lo menos, cincuenta mil o más. ¿Me ha tomado por loco?

—Haga lo que quiera. En su lugar, yo aceptaría sin rechistar. Es el único medio que tiene de salvar algo. —Me senté en la alfombra y empecé a enjugarme la sangre que me corría por el rostro.

—¡Ni lo sueñe! —contestó McCreedle con violencia—. Esos doscientos cincuenta mil dólares son para nosotros, ¿comprende? Acordamos formar una sociedad y cumpliremos el acuerdo hasta el final.

—Alguno hay que no está conforme con la forma de repartir, y por ello está suprimiendo participantes. Ya faltan Merton y Moreno en la lista. ¿Será usted el próximo? ¿O es acaso usted mismo el que se encarga de eliminar competidores para el Gran Premio de los Doscientos Cincuenta Mil?

—¡No! —barbotó McCreedle—. Ni lo uno ni lo otro. Hay alguien a quien le interesa quedarse con todo el dinero y por eso trata de asustarnos. Pero ya lo encontraré, se lo aseguro.

—Búsquelo. Avíseme entonces —manifesté, calculando las posibilidades que tenía de arrojarme sobre el tipo y desarmarle. No tenía ninguna, por lo que hube de contentarme con seguir sentado en el suelo.

—Hay ciertas cosas que me reservo para mí mismo —replicó el forajido—. El tipo que se cargó a Merton y Moreno habrá de pagarlo bien caro. Estábamos muy unidos, aunque usted crea todo lo contrario.

—Bueno, pues si no ha sido usted, habrá sido «Cara de Chivo». O quizá Torano —reflexioné de pronto, al recordar la precipitada huida del *gángster* y su «chica».

—Torano —resopló McCreedle con indignación—. ¡Ese hijo de una tal! Vino a verme y me contó lo de su proposición. Entonces le dije lo que pensaba de él y de su cobardía. Le hice rectificar y esconderse para que usted no pudiera hallarle y tentarle de nuevo. No lo encontrará, se lo aseguro.

—Eso es lo que usted cree —dije—. Mañana a estas horas ya tendré a Torano frente a mí.

—Déjese de bravuconadas que no va a cumplir, picar pleitos. —El individuo se puso en pie—: Y recuerde esto que voy a decirle: Lo que le hemos hecho ahora ha sido solamente a manera de aviso cariñoso. Si reincide, le rebanaremos el pescuezo, téngalo por garantizado.

Y se marchó, sin dejar de vigilarme hasta que hubo cerrado la puerta.

Cuando me hube quedado solo, fui hacia el cuarto de baño poco menos que arrastrándome. Me desnudé a trompicones y luego solté el chorro del agua fría.

Media hora más tarde estaba un poco recompuesto, pero mi cara no presentaba ningún buen aspecto después de los golpes recibidos. Necesité un par de tiras de tafetán para las cortaduras, dejando que el tiempo se encargara del ojo y los labios.

Cuando terminé, recogí maquinalmente las ropas que había dejado tiradas en el suelo. Entonces me acordé de una cosa.

Palpé apresuradamente la chaqueta. Luego solté una interjección.

—¡Qué tipos más aprovechados! —mascullé, indignado. Y con razón, pues se me habían llevado los diez mil dólares que Drummond me diera para entregárselos a Torano.

Ya no podía hacer nada por recobrar el dinero. McCreedle y los suyos negarían siempre habérmelo arrebatado, y como, por otra parte, estaban en billetes menudos, cualquiera les seguía luego la pista.

Cansado, derrengado y sintiendo mil dolores en todo mi cuerpo, me tomé un par de tabletas de somnífero y me tumbé en la cama a descansar.

## CAPÍTULO XIII

Pasé buena parte de la mañana en mi oficina, despachando algunos asuntos que requerían mi atención. Dejé listo el trabajo, para la tarde, y luego me despedí de *miss* Stetson hasta el día siguiente, recomendándola ignorara mi paradero en todo momento, excepto para las llamadas procedentes de los Drummond.

Por cierto, *miss* Stetson se portó maravillosamente discreta conmigo. Me vio con gafas negras, labios violados y las tiras de esparadrapo en la cara, y no dijo nada. Me encontró tan normal como otro día cualquiera.

Al terminar mi trabajo, comí en un restaurante próximo, un par de bocadillos regados con una buena jarra de cerveza. Pagué el gasto y me encaminé a casa de Jeannie Merton. Había recordado el día anterior que ésta era muy amiga de la Nelson. ¿No era cosa muy natural que la fugitiva confiase a su amiga su nuevo domicilio?

Cuando llegaba a casa de la Merton vi salir a una mujer del portal. La mujer cruzó rápidamente la acera y se metió en un coche deportivo blanco y cereza, y arrancó de allí sin dar muestras de haberme visto tan siquiera.

Detuve mi automóvil, hondamente preocupado por haber visto a Ofelia Drummond salir de la casa. Eché el freno y crucé la acera.

Llamé a la puerta de la Merton. Ésta tardó unos momentos en salir a abrirme.

Cuando lo hizo, vi frente a mí a la mujer que se rompiera la campanilla a fuerza de gritos dos noches antes en el «Madeira». Era menuda y llenita, de carnes estallantes, que se desbordaban por todas partes donde no estaban bien comprimidas por la faja que da empaquetaba desde el pecho a las caderas. Ojos zarcos, cabellos de fuego y labios sensuales eran sus características fisonómicas más importantes, y aún hubiera parecido más guapa, de no poseer su rostro una expresión tan dura y desagradable.

Vestía un traje negro muy ajustado a su cuerpo, con un escote carente en absoluto de toda discreción. Sus medias eran de color claro. ¿Dónde estaba, pues, el luto por el tan aparatosamente llorado difunto?

—¿Señora Merton? —dije urbanamente.

—Sí —contestó ella con voz seca, hiriente.

—Me llamo Jerry Braxton y soy abogado. Desearía hablar con usted.

Vaciló unos segundos, pero al fin se echó a un lado.

—Pase —dijo lacónicamente. Me ofreció una silla y se sentó frente a mí, sin cuidarse mucho de cubrir sus rodillas.

—En primer lugar —manifesté—, deseo expresarla mi más sincero pesar por la muerte de su esposo. Comprendo que para usted ha sido una gran pérdida, difícil, si no imposible de reparar y…

Ella escuchó mis frases de condolencia con gesto apacible y resignado, pero no parecía muy dolorida. ¿En qué diablos pensaba?

—Comprenderá —dije unos momentos más tarde— que no he venido solo para darle mi pésame. Quiero también, si no le importa mucho, hacerle algunas preguntas.

—Le advierto —respondió—, que ya he dicho a la policía todo cuanto sé. No creo que a usted…

—La pregunta que yo voy a hacerle, señora Merton, no se la ha hecho la policía. Ni creo que se les ocurriese formularla, sobre todo y en primer lugar, porque carecen de motivo para ello.

—¿Y usted, sí? —contestó la individua con leve sarcasmo.

—Sí. Conozco su amistad con Lois Nelson. Estaba en su camerino la noche en que asesinaron a su esposo y usted llegó, llorando a lágrima viva. Por tanto —dije, lanzándome a fondo— ¿tendría usted la bondad de decirme dónde se encuentran ahora Lois Nelson y Buddy Torano?

Ella se irguió en la silla, proyectando su pecho protuberante. Sus ojos lanzaron relámpagos de ira.

—No creo que eso le interese a usted, señor mío —dijo—. No sé para qué busca a Lois, pero le advierto…

—¿Sabe o no sabe dónde está su amiga? —La interrumpí, con muy poca ceremonia.

—No —contestó tajante.

—Miente. Está mintiendo desde que me oyó mencionarla. ¿Sabe que si quisiera podría obligarla a decirme ese escondite?

—¿Llamaría a la policía? —expresó sardónicamente.

—Quizá. Tengo buenos amigos en el Departamento de Homicidios. Alguno de ellos, incluso, podría hacer algo fuera de las normas para complacerme.

Asomó el miedo a sus ojos, pero se mantuvo firme.

—Ahí tiene el teléfono, señor mío —dijo con energía—. Llame a su amigo, el «pies planos», o lárguese de aquí. Si sé o no dónde se esconde Lois, es cuenta mía y no pienso decírselo por mucho que se empeñe.

Me puse en pie. La miré, sonriendo sarcásticamente.

—No parece muy afectada por la muerte de Lou —dije, lanzando una flecha un poco a ciegas—. Más bien, diría yo, todo el escándalo de hace dos noches se debió a que al morir Lou se iba a quedar usted sin la substanciosa parte que le correspondía del botín de un cuarto de millón, ¿no es así?

El color le huyó repentinamente del rostro. Mi saeta había dado en la diana.

—¡Miserable bastardo! —maldijo. Y, de repente, se arrojó hacia mí, enseñándome las uñas.

Con las mujeres no se puede confiar uno. Menos mal que anduve listo, si no, me saca los ojos.

Su acción me demostró que todas mis suposiciones eran hechos verídicos. Pude agarrarla de las muñecas a tiempo y luego, con un fuerte empujón, la lancé lejos. Dio un par de vueltas sobre sí misma y luego, tropezando con un sillón cayó al suelo. Su cabeza golpeó con seco ruido y se quedó inmóvil.

Sentí que me quedaba frío. ¿La había matado?

Corrí hacia ella, acuclillándome a su lado. La tomé el pulso, observando entretanto su respiración. Pronto respiré yo también aliviado. Lo único que le había pasado era que había perdido el conocimiento.

En aquel momento oí ruido de pasos no lejos de mí. Me puse en pie de un salto, agarrando, como arma defensiva, lo primero que me vino a las manos, que fue una silla.

—¡Cuidado, Hércules! —dijo una zumbona voz que yo conocía demasiado bien—. Esta mañana me he pasado dos horas en la

peluquería y no quiero que me eches a perder la ondulación.

Dejé la silla en el suelo. Muy fastidiado, gruñí:

—Te lo merecías por… por ubicua. ¿Es que no voy a poder despegarme de ti, maldita sea?

—Cierra el pico, gaznápiro. Te he estado oyendo desde el principio y has derrochado una cantidad enorme de saliva para no conseguir nada. En cambio yo, con la centésima parte de tu verborrea, he conseguido saber lo que tanto ansias.

No pude contener una exclamación de júbilo. Me fui hacia ella y la agarré por el talle.

—¿De veras? Selene, pórtate bien y dime eso, anda, monina.

Ella me miró de lado, con mucha malicia.

—Con una condición, Jerry.

La solté.

—Quieres venir conmigo —dije, decepcionado.

—Claro —respondió con desenvoltura—. ¿Para qué crees, si no, que he venido a consolar a esta… atribulada viuda? —Se inclinó sobre la caída Jeannie Merton y le cubrió las rodillas con la falda.

—Está bien —me resigné—. Vendrás conmigo. Pero luego habrás de atenerte a las consecuencias. ¿Dónde es?

—Aguardo a estar en el coche junto a ti, Jerry. No tengo ganas de que me hagas una trastada.

—Bien, bien, vamos, no perdamos tiempo.

Me encaminé hacia la puerta. Ella dijo:

—Aguarda un momento.

Se fue hacia un búcaro que había sobre una mesita y le sacó las flores. Luego cogió la vasija y derramó el agua sobre Jeannie. Ésta lanzó un grito y se sentó, despavorida.

—Adiós, gordita —le dijo Selene insultantemente. Tras nosotros quedó la *atribulada* viuda maldiciendo en calidad y cantidad como yo no había oído antes de entonces.

—Bueno, ¿hacia dónde guío? —pregunté, una vez instalados en el coche.

—Sal por la carretera Veinticuatro hacia el Sur. Luego ya te diré.

Mientras conducía, pregunté:

—¿Cómo te hiciste con la dirección de la Nelson y Torano?

Selene se echó a reír.

—Hay mujeres —contestó— que se pasan de listas. Mejor dicho,

quieren parecerlo, pero luego resultan tan tontas como un ramo de coliflores. La Nelson y la Merton son tal para cual. Aquélla, por decirle el domicilio, y ésta por anotarlo en un papel y luego dejarlo al lado del teléfono. Lo vi y me lo guardé; eso es todo.

Moví la cabeza, admirado de los recursos que a veces tienen las mujeres. Acto seguido, Selene me hizo otra demostración de lo que acabo de decir.

—¿Cómo supiste que Vendría a ver a la Merton? —pregunté.

—Anoche mencionaste que ibas a visitar a una mujer con pocas ganas de solaz. Ofelia Drummond no iba a ser; más o menos, tiene su marido al lado. *Ergo* por deducción…

—¡Por cierto! —exclamé—: La señora Drummond estuvo visitando a Jeannie Merton. ¿Oíste de qué hablaron?

—No. Como, cuando tú llamaste al timbre, ella me hizo pasar a su habitación… Al darme cuenta de quién era la visita, me pareció, la verdad, un poco indiscreto.

—¡Vaya un detective que haces, monada! —dije, despectivo—. Con lo bien que me hubiera ido que te enterases de la conversación.

—Me dio apuro, la verdad. Además, la Drummond empezó a pasearse nerviosamente de un lado para otro y hasta llegué a temer que se metiera en el dormitorio de la otra. No tuve otro remedio que esconderme detrás del armario, esperando a que se fuera. Luego, casi enseguida viniste tú… y entonces sí que oí todo lo que hablabais.

—Lo que no me explico es cómo te acogió tan bien, la Merton. ¿Qué le prometiste?

Selene me guiñó un ojo.

—Prometer cuesta poco. Dije que podría obligar a los otros a darle parte del botín que correspondía al sinvergüenza de su difunto. Eso la encandiló y ya no vio más.

—Claro —asentí—. Este asunto no puede llevarse públicamente, por tanto, Jeannie Merton no puede hacer la menor reclamación oficial de ese dinero.

—Y yo le dije que podría sacarles una buena tajada a los otros tiburones; con lo que ella estaba conmigo que me hubiera dado todo lo que hubiese pedido. Incluso la dirección de la Nelson… pero no hizo falta. A propósito —añadió negligentemente—: cuando tengas un poco de tiempo, ya me contarás los motivos que tienes

para ir disfrazado de ese modo en pleno día.

Le conté lo que me había pasado la noche anterior. Selene rió a mandíbula batiente y más aún cuando se enteró de que me habían despojado de los dólares.

Aquello me encrespó y de buena gana la hubiera dicho algo, pero supe contenerme a tiempo. Al fin, corté sus risas con una seca pregunta:

—¿Dónde está el escondite de esa pareja?

—Para el coche —dijo Selene con aparente incongruencia—. Ahí ve un restaurante en el cual podemos tomar algo hasta que se haga de noche. Tal como están las cosas, opino que lo mejor que podemos hacer es acercarnos a la casa sin ser vistos.

# CAPÍTULO XIV

Detuvimos el coche a buena distancia de la casa. Lamenté mucho no tener un arma a mano, pero puesto que nunca la había usado, salvo en la guerra, no perdí excesivo tiempo en aquella tribulación. Lo que sí hice fue tomar del cajón del tablero una antorcha eléctrica, pensando en que quizá podría hacernos alguna falta.

Avanzamos por un camino secundario, bastante mal pavimentado. El camino serpenteaba entre árboles frondosos, cuyas hojas producían lúgubres sonidos al ser agitadas por el viento. La noche era oscurísima como boca de lobo y apenas si veíamos a un palmo de nuestras narices respectivas.

—Vaya un sitio de esconderse —refunfuñé cierta vez, después de sacar el pie izquierdo de un intempestivo charco, residuo de las últimas lluvias primaverales.

—No iban a hacerlo en el City Hall, ¿verdad? Calla y sigue, gruñón.

Al cabo de unos diez minutos de marcha, llegamos a una especie de explanada circular, rodeada también de árboles altos y copudos. Las estrellas proporcionaban ahora un poco de luz y, habituadas nuestras pupilas, pudimos ver en el centro de aquel calvero la oscura mole de una casa de regular tamaño.

—Vayamos con cuidado —susurré al oído de la muchacha—. No se ve luz; quizá estén ya durmiendo.

Selene asintió, cogiéndose medrosamente a mi brazo. Avanzamos hacia el edificio, al cual llegamos un minuto más tarde.

El silencio era absoluto. Sólo se oía, de vez en cuando, el susurro de las hojas de los árboles al ser movidas por una irregular brisa, lo cual producía unos sonidos de tétricas tonalidades. A mi lado, Selene se estremeció vivamente.

Nos detuvimos frente a la puerta de entrada. Era grande y estaba situada bajo un porche de piedra de tres arcos, construido al estilo

español. Arriesgándome a ser visto, encendí la linterna y la volví a apagar.

Nadie respondió a tan silenciosa llamada. Entonces, volví a encender la linterna, buscando algo para poder llamar a la puerta.

—¿Estás segura de que es aquí, Selene? —pregunté, con un débil cuchicheo.

—Sí, a la fuerza, Jerry. Ésta es la única casa en todo el contorno.

Vi sobre la madera de la puerta un pesado llamador en forma de garra de ave de rapiña, sujetando una bola de hierro. Tomé el llamador para golpearlo sobre el disco de batir y entonces noté que la puerta giraba suavemente, con debilísimo y apenas perceptible sonido.

Selene se apretó más contra mí.

—¡Jerry, está abierta! —murmuró.

Tragué saliva. Por un momento, me pareció ser el protagonista de una película de «suspense». En cualquier momento surgiría lo inesperado en forma de visión de averno, como un tipo colgado del cuello por una cuerda pendiente del techo o cosa por el estilo.

Terminé de abrir la puerta. Delante de nosotros quedó un hueco negro, impenetrable a la vista.

Encendí la linterna que mantuve iluminada durante un instante. La visión fue rápida, pero pude advertir un gran vestíbulo, de cuyo lado izquierdo arrancaba una escalera bastante amplia que conducía al piso superior.

Algo se me clavó bruscamente en el costado izquierdo. Apagué la linterna y di un salto hacia adelante, temblando de pies a cabeza.

—Jerry —murmuró Selene.

—Estoy aquí —cuchicheé—. ¿No podías avisarme de otra forma?

Emprendimos el ascenso al piso superior. El silencio era absoluto, y de vez en cuando, alguno de los escalones emitía un melancólico crujido. Al fin llegamos al corredor, en el cual advertí varias puertas a derecha e izquierda.

Después de unos instantes de vacilación, tiré hacia la derecha. Abrí precavidamente la primera puerta que encontré, hallando la habitación completamente vacía. La siguiente estaba también desocupada.

—¿Dónde se habrán metido estos tipos? —mascullé.

Un golpe de viento sacudió la casa de modo inesperado. Sentí que se me erizaba el vello.

Giré en redondo, enfocando la linterna hacia la otra parte. Un helado escalofrío me recorrió la espalda en el acto.

—¡Selene! —exclamé en alta voz, sin cuidarme poco ni mucho del silencio.

Una puerta golpeó de pronto, con seco estruendo, y las paredes vibraron perceptiblemente. El sudor empezó a correrme a lo largo del cuello.

Volví sobre mis pasos. ¿Dónde diablos se había metido la muchacha?

Abrí la puerta siguiente. Daba a una especie de cuartito de estar en el que no se veía a nadie. Aquello empezó a escamarme y pensé malhumorado en la intuición de las mujeres y en los tontos que suelen hacer caso de tal sentimiento.

Seguí hasta el cuarto inmediato. De pronto, un sonido extraño puso hielo en mi nuca. Era una especie de lamento balbuciente, un extraño tartamudeo chillón, aunque de escaso volumen, que no parecía proferido por garganta humana.

Alguien taconeó al otro lado. Cambiándome la linterna de mano, me puse junto a la puerta, esperando al que iba a salir. Salió, en efecto, disparado como una bala, y le puse la mano en la boca, al mismo tiempo que, sin soltar la antorcha, le rodeaba la cintura con el otro brazo.

Los ojos de Selene me miraron de modo desorbitado. Estaba aterrorizada, llena de pánico.

—¡No grites! —murmuré muy bajo—. ¡Por lo que más quieras!

Ella parpadeó en señal de asentimiento. Entonces, quité la mano de su boca y ella relajó el cuerpo con un hondo suspiro.

Pero la expresión de su rostro continuaba siendo de terror. Tartamudeó:

—Je… Jerry… es… están ahí…

—¿Torano y la Nelson? —pregunté.

Ella contestó con un gesto de cabeza. Su aspecto indicaba algo nada bueno para nuestros dos perseguidos.

—No entres —dije.

Selene crispó su mano sobre mi brazo.

—Oh, Jerry… es… algo espantoso. No sé si podré…

—Quieta aquí y no te muevas —ordené. Quité el pañuelo de delante de la linterna y crucé el umbral.

El haz de luz me enseñó un cuadro como pocos he visto. Entonces comprendí lo que le pasaba a la chica.

Lois Nelson estaba tirada en uno de los lados del dormitorio, con la garganta rebanada de oreja a oreja, en medio de un mar de sangre, todavía fresca y líquida. Prácticamente, la habían decapitado.

Su pareja, Torano, no había corrido mejor suerte. O quizá peor, según se mire.

El forajido estaba tendido en el suelo, aún atado a la silla de la cual no había podido desasirse. Sus ojos desorbitados y sus manos engarabitadas demostraban bien a las claras la horrible agonía que había debido padecer. ¿Era un sádico el asesino?

Las fosas nasales y la boca de Torano estaban atascadas de algodón de curar, de modo que le habían impedido la respiración, produciéndole la muerte por asfixia. Había sido un modo de morir horrendo.

Sentí que el estómago pugnaba por asomarme a la boca. Apagué la linterna y, dando media vuelta, salí en el acto de allí, completamente mareado.

Tuve que apoyarme en la pared para no caer en redondo al suelo. Durante unos momentos no hice otra cosa que jadear, buscando aire. La impresión recibida había sido terrible.

Sentí a mi lado el aliento de Selene.

—Va… vámonos de aquí, Jerry —dijo ella, componiendo las palabras a duras penas—. Esto… me da mucho… miedo…

—Sí —concordé. La tomé por un brazo—. Vamos.

Pero no habíamos tenido tiempo siquiera de dar un paso, cuando, de repente, la puerta de entrada dio un fuerte golpe.

Luego, sonaron unos pasos.

# CAPÍTULO XV

Empujé a Selene hacia el lado opuesto, parapetándonos tras el muro en que desembocaba la escalera. El recién llegado sé detuvo unos momentos en el centro del vestíbulo, irresoluto y vacilante, al parecer.

Sentí el chasquido de una cerilla. A mi lado, la chica empezó a temblar convulsivamente. Oprimí su brazo con fuerza. Si lanzaba un grito, podíamos consideramos perdidos.

El primer peldaño de la escalera rechinó quejumbrosamente. Era evidente que el recién llegado se disponía a subir al piso en que nos hallábamos.

En aquel memento, otra puerta se abrió en el vestíbulo. Debía ser alguna de las que conducían a la cocina o a las habitaciones inferiores. ¿Por qué no habíamos empezado nuestro registro por abajo? Quizá porque esperábamos sorprender dormidos a la pareja que buscábamos y, de modo inconsciente, habíamos pensado en el piso superior.

Súbitamente, todas las luces del vestíbulo se encendieron brillantemente. Percibí, en el medio de la escalera una sonora maldición.

El violento estallido de un disparo hizo retemblar los muros del edificio. Alguien chilló agónicamente.

Un cuerpo rodó por la escalera, haciendo crujir los peldaños. Escuchamos claramente el detenerse del cuerpo, lívidos de miedo, sin osar salir de nuestro escondite por temor a recibir otro balazo.

El herido gimió. Sonaron dos disparos más, muy juntos. Luego, la luz se apagó de pronto y pudimos escuchar claramente el ruido de alguien que huía a toda velocidad.

Esperamos unos momentos, temblando como azogados. No me avergüenza confesar que en aquellos momentos, yo —y no hablemos de Selene— estaba invadido por un sentimiento muy

cercano al pánico. Finalmente, con grandes precauciones, me decidí a asomar la cabeza hacia abajo.

Naturalmente, no pude ver nada. Agarré la mano de la chica y empecé a descender la escalera, pegado al muro, todavía con la linterna apagada, pero listo para usarla como arma contundente, si era preciso.

No ocurrió nada hasta que llegamos a la planta. Entonces pudimos oír distintamente un ronco gemido.

Encendí la antorcha. La luz dio de lleno en el hombre que estaba tendido en el suelo, cubierto de sangre de pies a cabeza.

Me arrodillé junto a él. McCreedle alentaba todavía, pero los tres balazos recibidos no permitían duda alguna sobre su fin inminente. En realidad, lo prodigioso era que viviese todavía.

—¿Quién ha sido, McCreedle? ¿Le vio usted la cara?

Los párpados del moribundo se movieron en señal de asentimiento. Abrió la boca, pero sólo salió de ella un leve soplo de aire.

—Dígamelo, McCreedle. De prisa —le acucié despiadadamente. Si podía hablar, nos ahorraríamos muchos disgustos.

El forajido se incorporó convulsivamente. Abrió la boca del todo pero sólo salió de ella un grueso chorro de sangre. Sus ojos voltearon de modo espantoso de repente, su cuerpo se estiró laciamente.

Lo dejé caer en el suelo. McCreedle había muerto, llevándose consigo, a la tumba, el secreto de la identidad de su asesino.

Permanecí así durante unos instantes. De pronto, Selene me tocó en el hombro.

—Jerry, ¿no hueles?

Levanté la cabeza y aspiré el aire. Un olor extraño y conocido a un mismo tiempo hirió mi pituitaria.

—¡Algo hay que arde, Jerry! —exclamó la muchacha.

Me puse en pie de un salto. Recorrí con la linterna todo el ámbito del vestíbulo, hasta que, al detener el haz de luz al pie de una puerta, vi salir por debajo de ésta una débil gasa de color gris.

—¡El asesino ha incendiado la casa! —dijo Selene.

Corrí hacia la puerta y la abrí de golpe. Inmediatamente, tuve que retroceder. Mi gesto había provocado un repentino aflujo de oxígeno a las llamas que danzaban en aquella estancia, aumentando

el volumen de aquéllas. El fuego rugió de modo airado.

—¡Vámonos, pronto! —dije, convencido de que con nuestros propios y escasos medios no lograríamos nunca extinguir el incendio.

Corrimos como locos hacia la salida, ansiando recobrarnos del terror que habíamos padecido durante aquellos infernales momentos en la casa. Cuando llegamos a la carretera, el fulgor del incendio alumbraba siniestramente el cielo.

No hablamos hasta llegar a la ciudad. Entonces, Selene dijo:

—Jerry, tengo miedo. No quisiera quedarme esta noche a dormir sola en casa.

—¿Tienes un diván libre? —pregunté, comprendiendo las razones de la muchacha.

Ella asintió con un gesto. Entonces conduje el coche hasta el edificio en que vivía.

Al llegar a su apartamiento, cerré con doble vuelta de llave, echando, además, el cerrojo. Busqué con la vista una cosa, hasta encontrarla. Era una botella de licor, y preparé dos copas de buen tamaño, que bebimos sin rechistar.

El color volvió a las mejillas de la chica y supongo que a mí me ocurrió lo mismo. Encendimos sendos cigarrillos y nos sentamos en el diván.

Durante un rato, permanecimos silenciosos, sumidos cada uno en nuestros respectivos pensamientos. Después, dije:

—De todos los compinches de Augie «El Sábanas» ya sólo queda uno: George.

—¿Crees que pueda él ser el asesino?

Me froté la mandíbula.

—Mañana —dije— te irás a una tienda de artículos electrodomésticos que hay en Lymington Place y preguntarás por el dueño. Se llama Forristown. Pídele informes de Al George.

—¿Por qué sospechas de él?

—Parece arrepentido. Sin embargo, un individuo que debe tratar con el público como vendedor, que es lo que George hace, no emplea un lenguaje tan poco académico como el que usaba cuando conversamos. Sus expresiones deben ser más correctas, ¿comprendes?

—Sí —concordó la muchacha, aspirando una bocanada de

humo. Mientras lo expulsaba, dijo—: Sin embargo, queda todavía el mensajero. También éste puede ser buen sospechoso.

—¿«Cara de Chivo»? ¡Hum! —mascullé, dubitativo.

—¿Por qué ese «¡hum!», Jerry?

—Burt Byles es tipo que sólo ataca a traición, como las serpientes…

—¿Vas a decirme que todas esas muertes han sido cometidas cara a cara? —objetó la muchacha contundentemente—. Ni uno solo ha muerto que no haya sido sorprendido de modo traicionero. Repasa bien la serie de los asesinatos y verás cómo tengo razón.

—De todas formas —dije reflexivamente— «Cara de Chivo» no me parece hombre para tal empresa. Más bien es de los que dan el soplo y cosas por el estilo.

—Torano murió asfixiado, atado a su silla. Era un tipo robusto, un hércules, en tanto que Byles es canijo y esmirriado. Si tenía algo contra él, ¿no crees que pudo hacerlo de ese modo tan salvaje para satisfacer su vanidad herida? Y la Nelson murió degollada. Byles usaba una navaja muy afilada.

—Posiblemente —concordé—. Sin embargo, en toda esa lista de sospechosos, nos estamos dejando uno, quizá el más importante.

—¿Quién, Jerry?

—Ofelia Drummond.

Después de pronunciar yo aquel nombre, hízose un gran silencio en la estancia. Selene me miró, muy rígida, con las manos cruzadas sobre el regazo.

—Ofelia Drummond —repitió.

—Recuerda. Estuvo a ver a Jeannie Merton. Tú misma dijiste que parecía nerviosa. El papel con la dirección de Torano y Lois Nelson estaba sobre la mesita, junto al teléfono.

—Yo lo cogí después de irse ella y antes de tu llegada —murmuró Selene pensativamente—. Muy bien pudo suceder como dices. La Drummond, entonces, leería esa dirección y obraría en consecuencia. ¿Por qué mató entonces, Jerry?

—Está enamorada de su marido y trata de seguir con la vida actual. Esos pandilleros eran un obstáculo para sus fines y los está eliminando, eso es todo.

—Y, además, de paso se queda con los doscientos cincuenta mil, Jerry.

Me puse en pie y sacudí la cabeza.

—¡No! —exclamé—. De todas formas, no puedo creer tal cosa de la señora Drummond. Sería demasiado monstruoso.

—Pero no imposible.

La miré fijamente.

—Las mujeres —dije— habláis en muchas ocasiones de vuestra intuición. Acertáis más de una vez. Creo que a mí me sucede ahora lo mismo, Selene.

—A ti te gusta la Drummond, Jerry, no lo niegues.

Respingué. Selene acababa de adivinar parcialmente mis pensamientos.

—Es… algo difícil de expresar —dije—. La he tomado un cierto afecto, porque parece una mujer de una pieza y, además, creo sinceramente en sus promesas e intenciones de llevar una vida distinta. Pero está casada.

—¿Y si no lo estuviera?

Me aclaré la garganta con un carraspeo.

—Prefiero reservarte la respuesta, querida.

Un brillo de celos apareció en los lindos ojos de Selene.

—Gracias por la contestación —dijo secamente. Se puso en pie y cruzó la estancia rápidamente.

Volvió un minuto más tarde con dos mantas y una almohada, que me arrojó a la cara.

—Que duermas bien —deseo hoscamente. Y cerró la puerta de su cuarto con seco golpazo que hizo vibrar las paredes.

Me tumbé en el improvisado lecho, procurando dominar la exasperación que sentía. ¡Al diablo con las mujeres! No sirven más que para complicarle a uno la existencia… aunque, bien mirando, ¿qué haríamos nosotros, los pobrecitos hombres, sin ellas?

# CAPÍTULO XVI

Entré en la oficina. Al verme, *miss* Stetson se turbó y trató de guardar bajo la carpeta de su mesa el periódico que estaba leyendo.

—No se preocupe —dije benévolamente—. Me disgusta que la gente que trabaja para mí me crea un capataz de esclavos. Si quiere, puede terminar de leer el periódico.

*Miss* Stetson emitió un leve carraspeo.

—Er… estaba leyendo el horrible suceso de anoche, señor Braxton. Ha… ha ardido una casa con… tres personas dentro.

Traté de quitar importancia al asunto.

—Bueno —dije, fingiendo indiferencia—, otras veces también sucede algo parecido.

—Pero nunca como ahora, señor Braxton. Los tres muertos habían sido asesinados antes.

—¡Caramba! —exclamé—. Eso sí que es más interesante. ¿Y dónde ha sido? Permítame el diario, *miss* Stetson.

La secretaria me lo entregó. En primera página, y en letras muy gordas, estaba él anuncio del suceso, relatado luego a tres columnas, con más información y fotografías en las páginas interiores. El periodista no había escatimado morbosidad en su relato, y era fácil advertir que durante días tendría pasto para sus narraciones.

—Ahí habla también de alguien conocido nuestro —dijo la Stetson.

—¿Conocido nuestro?

—Bueno, al menos, de nombre —se corrigió mi secretaria—. Menciona a «Cara de Chivo», el hombre a quien citó el señor Moreno poco antes de morir.

Leí lo referente al pájaro aquél. Preventivamente, estaba detenido, aunque no parecía tener demasiada relación con el asunto, salvo el de su conocimiento de las víctimas.

Doblé el periódico y se lo entregué a la mujer.

—Está bien —manifesté—. Más tarde, iré a ver a Follingsbee y le contaré ese detalle. Quizá pueda ayudarle en sus investigaciones.

—¿Quizá, señor? Bien, ¿terminamos de redactar la escritura de cesión de terrenos de la «Mulliner Chemical»?

—¡A ello, *miss* Stetson! —exclamé, sumiéndome en el trabajo.

Después de tomar el bocadillo del mediodía, agarré el coche y me dirigí a la mansión de los Drummond. La misma doncella que me había recibido la primera vez, salió ahora y me guiñó un ojo al verme. Era bonita pero sobre todo, era una lástima que yo estuviese tan ocupando; le hubiera pedido el día de su salida.

La doncellita me dejó en el recibidor y se alejó con aparatoso contoneo de sus protuberantes caderas. Al llegar al extremo opuesto se volvió y me sonrió incitantemente una vez más.

Los Drummond aparecieron casi enseguida, juntos los dos. Ella vestía sencillamente, y su hermoso rostro aparecía muy pálido bajo el maquillaje que lo cubría y que de ordinario no precisaba.

Tras los primeros saludos, dije:

—Necesito hablar con usted a solas, señora Drummond.

Su marido me miró, arqueando las cejas. Continué:

—Si tiene en su esposa la confianza que me manifestó en otras ocasiones, creo que no se negará a ello, señor Drummond.

Éste asintió con breve inclinación de cabeza.

—Conforme, señor Braxton. Hable con Ofelia todo cuanto guste.

Ella indicó con un ademán de su mano el camino a seguir.

—Por aquí —dijo levemente.

—Usted primero, señera —me incliné con galantería.

Pasamos al propio despacho de Drummond. Una vez allí, Ofelia me miró ansiosamente.

—¿Qué es lo que sucede, señor Braxton? ¿Por qué tanto misterio? Sabe de sobra que no tengo secretos para mi marido.

—¿Está segura de ello? —dije sarcásticamente—. ¿Ha leído los periódicos de hoy?

Su rostro se cubrió de una capa de ceniza gris. Hasta el color le huyó de los labios.

—Sí —dijo sordamente.

—Entonces sabrá que Torano y su chica han muerto asesinados, así como Angus McCreedle, y los tres lo fueron antes de declararse

el incendio que carbonizó sus cadáveres.

Ofelia asintió con la cabeza. Apenas podía hablar.

—Ya sólo queda uno de los miembros de la pandilla: Al George.

—¡Ése no ha sido el asesino! —declaró ella con vehemencia.

—Muy segura está de ello —comenté negligentemente.

—Fue siempre el mejor de todos. Cuando… cuando Augie fue a parar a Alcatraz, George dijo que ya no quería saber nada del *gang*. Lo… lo mismo que yo, señor Braxton.

—Estoy de acuerdo con ello, señora Drummond, pero más que nada, he venido a hablar con usted de otra cosa que no son las muertes citadas. Ayer por la tarde estuvo a ver a Jeannie Merton. ¿Lo sabe su marido?

Tenía un pañolito en la mano y el fino tejido siseó al ser rasgado de golpe. No se atrevió a enfrentar mi mirada; volvió el rostro hacia la ventana, y al hacerlo vi que su pecho subía y bajaba rápidamente.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó con voz apenas audible.

—El cómo es lo de menos. Lo interesante es que lo sé. Esto no se lo ha dicho a su marido, ¿verdad?

Meneó la cabeza en silencio.

—¿Por qué? —insistí.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó de repente—. Déjeme en paz, señor Braxton. No me haga más preguntas, se lo ruego.

—Entonces —repuse lentamente—, sintiéndolo mucho, tendré que abandonar el caso.

—¡No! —exclamó vivamente—. ¡No lo haga, señor Braxton!

Dio un paso hacia mí. Estaba hermosísima. ¿Tenía razón Selene?

—Entonces —seguía implacable—, hable. Dígame qué fue a hacer en casa de Jeannie Merton. Estuvo allí, lo sé positivamente porque la vi salir. Pero aún sé más: en tanto duró su charla con la viuda de Merton, usted estaba muy nerviosa, tanto, que se paseó varias veces a lo largo del saloncito. ¿Es cierto esto que digo?

—Está muy enterado de las cosas —murmuró ella.

—Es mi obligación; para eso se me paga. Conteste a mis preguntas.

—Pues, sí —manifestó, resolviéndose repentinamente—. Es cierto lo que me ha dicho usted. Me explicaré: Jeannie Merton y yo fuimos amigas en tiempos. Luego… nos separamos. Al enterarme de

la muerte de su esposo, creí deber mío visitarla y ofrecerme a ella para cuanto la hiciera falta. Incluso quise darle algún dinero, cosa que ella rechazó de modo rotundo.

—¿Por qué?

—Dijo que tenía en perspectiva una buena tajada, éstas fueron sus palabras.

Aquello casaba con lo que me había dicho Selene. Ofelia no mentía al menos en este punto.

—Bien, ahora dígame: ¿por qué se puso tan nerviosa?

—Jeannie dijo que yo era una tonta, que podía sacar mucho más de lo que ya tenía si obraba con listeza. Se refirió, naturalmente a los doscientos cincuenta mil dólares. Aquello me indignó y me exasperó. Además de decirle que no los tenía, le manifesté que ya había roto por completo con mi vida anterior y que no quería saber de nada que tuviese relación con el delito. Eso fue todo, créame, señor Braxton.

—¿Está segura de ello?

Ofelia se irguió majestuosamente.

—Le he contado todo cuanto sabía, señor Braxton. Si le prometí ser franca, no veo por qué ha de dudar ahora de mis manifestaciones.

—Falta una cosa todavía, señora Drummond —dije.

—Hable de una vez, se lo suplico.

—¿Sabía usted la dirección del lugar donde se escondía Torano y su chica?

Ella sacudió vigorosamente la cabeza.

—¡En absoluto! —contestó con rotundo énfasis.

—Sin embargo —me incliné hacia adelante— esa dirección la tenía Jeannie Merton sobre la mesita de su teléfono, al alcance de la vista, y no digamos de la mano de cualquiera que hubiese actuado un poco avispadamente.

—¿Y piensa que fui yo la que…? ¡Oh, señor Braxton, qué tontería está diciendo!

—Trato de averiguar la verdad y colocar en su sitio todas las baldosas del pavimento. No hemos de olvidar que hasta ahora han muerto violentamente cuatro hombres y una mujer… sin contar la paliza que yo he recibido por defender sus intereses, señora.

—Le repito que no sabía en absoluto nada del lugar donde se

escondían los dos que ha citado, señor Braxton.

—Está bien —dije—. No quiero seguir insistiendo sobre ese punto. Ahora, voy a cambiar de tema. ¿Ha visto alguna vez esos doscientos cincuenta mil que dice Augie le envió a usted?

—¡Jamás! ¡Nunca! —contestó tajantemente.

—Entonces, ¿por qué dijo Augie tal cosa?

Levantó sus hermosos hombros, casi al descubierto por el amplio escote de su vestido.

—Lo ignoro, señor Braxton. No tengo la menor idea de las causas que impulsaron a Augie a obrar de tal manera.

Me froté la mandíbula.

—La creo —dije, lleno de confusión. ¡Qué enredado estaba todo aquello!—. Tendré que desplazarme a Alcatraz.

—¿Piensa entrevistarse con Augie?

—Claro que sí. Estimo que es la única manera de averiguar la verdad del asunto, señora Drummond. Si Augie sostiene que le envió ese dinero y usted dice no haberlo recibido, ¿dónde dem… perdón, dónde está? O quizá esté mejor dicho: ¿quién lo tiene?

Se puso las manos en el pecho, como si quisiera contener los tumultuosos latidos de su corazón, y cerró un instante los ojos.

—Oh, señor Braxton —murmuró—. ¡Cuánto le agradeceré que resuelva de una vez este misterio!

Abrió los ojos y me miró. De modo impulsivo, me tomó una mano con las dos suyas. El contacto de su delicada epidermis, suave y aterciopelada, me hizo sentir algo muy parecido a una descarga eléctrica.

—Señor Braxton —dijo con voz tensa—. He conocido lo que es la felicidad de una vida decente y honesta, junto al hombre a quien se ama. Quiero a mi marido con locura y me moriría si le sucediera algo. Resuelva este misterio y toda mi vida le quedaré eternamente agradecida. Jamás viviré lo suficiente, si consigue lo que deseo, para agradecérselo.

Tragué saliva. ¡Qué hombre tan afortunado ese Drummond, poseyendo el amor íntegro de una mujer como Ofelia! Sólo por tenerla a mi lado, me hubiera cambiado por él en el acto.

—Está bien —dije, tras un ligero carraspeo, procurando substraerme al encanto de su magnética mirada—. Le prometo que haré todo lo que pueda, señora Drummond. Y ahora, si me lo

permite, he de retirarme.

—Clark me pedirá que le cuente nuestra conversación —dijo ella, retirando las manos.

—Dígaselo con entera franqueza. Entre marido y mujer, no debe haber nunca el menor secreto. Si quise hablar con usted a solas, fue, más que nada, con el exclusivo objeto de no coartar su libertad, no porque quisiera ocultar al señor Drummond el resultado de nuestra conversación.

Una dulce sonrisa iluminó el rostro de Ofelia, transformándolo totalmente. Incluso los colores volvieron a sus pálidas mejillas.

—¡Qué bueno es usted, señor Braxton! ¡Cómo le deseo que encuentre una mujer que sepa hacerle todo lo feliz que se merece!

—Ya hay una candidata al cargo —sonreí, algo turbado.

—Entonces, cásese con ella. No lo dude. No hay vida mejor ni más feliz que la del matrimonio cuando los dos esposos se aman entrañablemente, se lo aseguro.

—Diciéndomelo usted, tendré que intentar la aventura.

Y fui a salir del despacho. Pero entonces, ella dijo:

—Aguarde un momento.

Me volví, extrañado. Ofelia puso sus manos sobre mis hombros y alzándose sobre las puntas de los pies, me besó suavemente en la mejilla.

—Gracias —murmuré, confuso.

Al salir, vimos a Drummond que se paseaba nerviosamente por el vestíbulo. Detuvo sus paseos y se encaró con nosotros.

—Su esposa —dije— le relatará ahora todo cuanto hemos hablado, señor Drummond. —De repente, vi un teléfono sobre la mesita cercana—. ¿Puedo hablar? —pedí permiso.

Al concedérmelo, levanté el aparato y marqué un número; el de mi oficina.

—¿*Miss* Stetson? Aquí Braxton.

—Dígame, señor Braxton —contestó la secretaria.

—Hágame el favor de telefonear al aeropuerto y reservar un billete para el avión de la noche. Mañana por la mañana a primera hora he de estar en San Francisco.

—Muy bien, señor Braxton.

—Saque también el de regreso en el otro avión nocturno. Estaré solamente fuera durante las horas del día. Así podré dormir

mientras viajo.

—Perfectamente, señor Braxton —contestó *miss* Stetson.

Colgué el aparato. Clark Drummond tenía cogida a su esposa por el talle y me miraba con aire especulativo.

—La señora Drummond se lo contará todo —dije—. Buenas tardes.

# CAPÍTULO XVII

—Te has dejado embaucar por los lindos ojos de la Drummond —dijo Selene con aire resentido.

—¡No seas estúpida! —rezongué—. Ofelia es una mujer que dice verdad, estoy seguro de ello.

—A mí me parece una gran actriz —contestó ella con claridad—. Pero, en fin, si te pagó cinco mil «pavos» por tu trabajo, que finja todo lo que le de la gana. Está en su derecho al hacerlo.

—Te estás molestando por una cosa que carece de importancia, Selena. Rayos, menos mal que no estoy casado contigo, de lo contrario…

—Ésa es tu suerte —rechinó los dientes—. De lo contrario, ya te habría sacado los ojos.

—Pues has de saber que si hay algo que me disguste en esta vida es una mujer celosa. El día en que me case, seré fiel para siempre a mi esposa; pero no lo haré si aquélla en quien ponga los ojos pasee una cualidad tan detestable.

—Oh, Jerry —se estremeció Selene—, te prometo, desde ahora, no sentir celos jamás. Nunca, nunca, ni aunque te vea con una mujer diez veces más hermosa que la Drummond.

—Tampoco he dicho que vaya a casarme contigo, Selene.

—Tendrás que hacerlo. Has comprometido mi reputación.

Solté una irónica carcajada.

—¡Tu reputación! ¡Y te cerraste a piedra y lodo en el dormitorio!

—Sí, pero la gente no lo sabe, Jerry.

—¿Lo piensas pregonar en el *Examiner*?

Conducía ella el coche y nos hallábamos en la carretera que lleva de la ciudad al aeropuerto. Frenó bruscamente y se volvió en el asiento, mirándome con fijeza.

—Jerry —murmuró.

La verdad, el hombre que tiene un destino marcado, ha de

seguirlo inexorablemente. Atraje a Selene hacia mí y la estreché entre mis brazos.

—Jerry —repitió ella, un segundo antes de que algo chasqueara con tremenda fuerza contra el parabrisas.

Nos separamos tremendamente sobresaltados, al escuchar la detonación. Delante de nosotros rodaba un coche a toda velocidad, del cual volvieron a salir nuevos disparos.

—¡Agáchate, Selene! —grité, uniendo la acción a la palabra.

Soportamos como pudimos aquel intenso tiroteo, la mayor parte de cuyas balas se perdieron en el vacío. Otras, en cambio, chocaron contra la carrocería y el parabrisas, rebotando después con agudísimo chillido.

Cuando se hubo pasado el fragor de los disparos, me incorporé. Vi a lo lejos la sombría silueta del automóvil que se había detenido en medio de la carretera, desafortunadamente solitaria en aquellos instantes.

Comprendí al instante las intenciones de aquellos forajidos. Abrí la portezuela de mi lado y arrastré a Selene hacia afuera.

—Corre —grité, tirando de ella sin compasión.

Tropezando y tambaleándonos en una ocasión, ascendimos por el suave talud que hay en aquel lugar. Pasamos al otro lado, escondiéndonos tras unos matorrales.

—Qué manera de estropearle a uno los momentos más románticos —refunfuñó ella.

Justo estábamos llegando arriba cuando el coche de los *gangsters* pasó rugiendo por el lado del nuestro. Al cruzar a su altura, vi brillar una serie de llamitas anaranjadas, seguidas de un estrepitoso crujir de disparos. Luego, el automóvil se perdió en la oscuridad.

Permanecimos así un buen rato, hasta que estuvimos seguros de que los forajidos no volverían. Luego, bajamos a la carretera, quedándonos junto al coche en actitud expectante.

El coche había quedado hecho una lástima. Dos de sus llantas se apoyaban directamente en la carretera, y esto hizo, sin mirar siquiera las posibles averías del motor, que comprendiéramos desde el primer momento la imposibilidad de reanudar el camino a bordo del vehículo.

—Bueno —dije, tras un rápido vistazo al reloj— si nos damos un poco deprisa, aún podremos alcanzar el avión. Cuando haya partido

yo para San Francisco, llama a Follingsbee y le cuentas lo sucedido, sin grandes aclaraciones. Que envíe un coche a recogerte y luego que te ponga un agente como guardaespaldas, ¿estamos?

—¿Temes que vuelvan a atacarme?

—De ese asesino sanguinario y sin escrúpulos, temo cualquier cosa. Me quedaría yo junto a ti, pero me es absolutamente imprescindible entrevistarme con Augie en Alcatraz. Ya he puesto un telegrama al gobernador de la penitenciaría solicitando el permiso para la entrevista.

—Oye, Jerry —dijo ella de pronto—. ¿Quién está enterado de tu marcha a Alcatraz?

—La señora Drummond, por supuesto. Y su marido, espero.

—¿Nadie más?

—No, claro. Bueno, *miss* Stetson, pero ésa está fuera de toda sospecha, Selene.

—Es cierto. Jerry, ¿sabes que encuentro esto cada vez más extraño?

—¿Por qué, Selene?

—No acabo de entenderlo. Me gustaría saber por qué tratan de impedirte que vayas a ver a Augie.

—Quizá es que no les conviene.

—¡Toma! Eso ya lo sé. Lo que quiero saber es: ¿por qué no les conviene?

—¿A quién?

—¿Y si te dijera que a los Drummond?

—¡Estás loca, Selene! —dije—. De modo que ellos vienen a buscar protección y luego…

—Cosas peores se han visto, Jerry —dijo ella sentenciosamente. Empezamos a ver las primeras luces del aeropuerto—. Cuando hay de por medio un botín de doscientos cincuenta mil dólares, se hacen tantas tropelías y se obra de tantas maneras, que hasta el más santo resulta ser luego primo hermano de Lucifer.

Hice una mueca.

—Puede que tengas razón. Pero, se me hace tan duro creer eso de Ofelia Drummond… A propósito, ¿hablaste con Forristown?

—Claro que sí. Me puso a George por las nubes. Dijo que jamás había tenido un empleado tan activo y diligente como él, y con tanta labia para convencer a los clientes.

—Desde luego —rezongué—. Aunque como no hable un poco mejor que lo hizo conmigo…

En la valla que separa los edificios del aeropuerto de las pistas de vuelo, Selene se me abrazó estrechamente.

—Cuídate mucho, Jerry —dijo. Las lágrimas brillaban sospechosamente en sus ojos—. No sé qué haría si te sucediera algo.

Le di un par de palmaditas en la espalda.

—Déjate de gimoteos, belleza, que te pones muy fea. Llama al policía y no te ocupes de más. Pasado mañana por la mañana estaré de vuelta.

—Vendré a esperarte, Jerry.

—Y a mí me alegrará mucho ver tu cara, bonita, Selene. —Me incliné sobre ella y la besé suavemente en los labios, mientras los megáfonos del aeropuerto voceaban la última llamada—. Hasta la vuelta.

Eché a correr hacia el avión, cuyas hélices giraban ya lentamente en torno a sus ejes. Subí la escalerilla.

Selene levantó el brazo al verme volver hacia ella. Correspondí con un gesto análogo y luego la azafata me empujó suavemente hacia adentro. La puerta se cerró a mis espaldas con seco chasquido.

# CAPÍTULO XVIII

—Como anunció su vista para la mañana de hoy, no quise contestarle con otro telegrama, señor Braxton. Sabía que era inútil darle prisa, pues no hubiera llegado antes de ningún modo —me dijo el alcaide de la penitenciaría de Alcatraz.

El sol daba suavemente en el despacho del alcaide. A lo lejos, se veía el puente de la Puerta de Oro, suspendido majestuosamente sobre el agua, portaaviones pasaba en aquellos momentos lentamente bajo el mismo, dejando una estela que cabrilleaba con blancas espumas en la brillante mañana de primavera.

—¿Ocurre algo? —pregunté suspicazmente.

—Augie está muy mal —dijo el alcaide sin rodeos—. Últimamente, parece que su corazón no le funcionaba como es debido. Ayer tuvo un ataque del cual no creíamos pudiese salir.

El corazón del viejo forajido podría estar mal, pero el mío suspendió sus latidos al escuchar tan desagradables noticias.

—Entonces, ¿significa eso que no podré verlo?

—Cuando recibí su telegrama, hablé con el médico, señor Braxton. Ayer, por supuesto, no hubiera podido entrevistarse con el condenado. Ahora, estoy pendiente del informe y entonces resolveré.

Saqué un cigarrillo, que encendí para disimular mi nerviosismo. Mientras fumaba, expliqué al alcaide, sin citar nombres, parte de lo que pasaba, con el fin de darle una idea de la situación y de mi cliente.

El alcaide asintió varias veces en el transcurso de mi relato.

—Es una buena suma, evidentemente —corroboró. De repente sonó un timbre.

El alcaide se inclinó hacia el interfono. Una voz habló a través del mismo.

—El número ochenta y siete mil quinientos cuarenta y uno

puede recibir visitas durante diez minutos, siempre que se traten temas que no le exciten demasiado y en mi presencia, para interrumpir la conversación si lo estimo necesario.

—Muchas gracias, doctor —contestó el alcaide. Luego de cortar la comunicación, bajó otra palanquita—: Que venga el jefe de guardias de la enfermería.

—Sí, alcaide.

Cinco minutos más tarde, un hombre de uniforme hacía su aparición en el despacho.

—Mathieson —dijo el alcaide—, acompaña al señor Braxton hasta la enfermería. Puede hablar con el ochenta y siete mil quinientos cuarenta y uno, pero en presencia del médico y durante el tiempo que éste estime necesario.

—Sí, señor.

Me puse en pie. Alargué mi mano a través de la mesa.

—Gracias por todo, alcaide.

—Estamos aquí para servirle, señor Braxton.

Seguí a Mathieson por una serie de corredores enverjados que nos condujeron a un gran departamento cuyo interior, a no ser por las rejas de las ventanas, no recordaba en nada que nos hallábamos en el interior de una gran penitenciaría.

El guardián me llevó hasta una habitación en la cual había una cama y en ella un hombre tendido bajo una campana de plástico. Al lado vi dos balones de oxígeno. Con el daño que Augie había hecho a la nación, resultaba casi incomprensible que la nación se esforzara tanto en prolongarle la vida.

El médico salió a mi encuentro, estrechándome la mano.

—No le excite innecesariamente, señor Braxton —dijo.



Señalé con la barbilla hacia el doliente.

—¿Cómo está? —pregunté en voz baja.

—Mal. —El médico torció el gesto—. Me asombraría mucho si saliera de ésta. En fin, vaya y procure ser prudente.

—Trataré de seguir sus consejos, doctor.

Fui hacia la cabecera de la cama y tomé una silla. Me senté y, tras levantar parte de la campana de plástico, metí en ella la cabeza.

El enfermo sintió a su lado una presencia extraña.

Respiraba afanosamente y abrió los ojos.

—¿Quién es usted? —preguntó con voz tenue.

No sé si Augie fue alguna vez un buen mozo. Posiblemente; pero lo que tenía ahora delante de mí era una pura ruina. Un rostro del color de la tierra, unos labios violáceos, unas mejillas chupadas y hundidas y unos ojos sin brillo, convertían a aquel hombre que aún no había cumplido los cuarenta años en un espectro físico de repelente aspecto.

—Me llamo Braxton y represento a la señora Drummond —dije.

Los ojos del agonizante parecieron animarse un tanto. Un esbozo de sonrisa apareció en sus labios cianóticos.

—¡Ésa… mala pécora! —dijo, jadeando penosamente—. Será mejor que no se excite, Augie —dije.

—¡Qué más da ya! —respondió el condenado abruptamente—. Para lo que me queda. ¿Es usted abogado? —Sí, Augie.

—Entonces… desembuche pronto. No tengo ganas de cuervos a mí alrededor.

—Lo que tengo que preguntarle es muy sencillo, Augie. ¿Dónde, cómo y cuándo envió usted a Ofelia Drummond los doscientos cincuenta mil dólares?

Una sonrisa sardónica iluminó su rostro con perversa expresión. Y la respuesta que recibí me llenó de estupor. —No es posible, Augie— murmuré, atónito.

—Vaya que sí —dijo—. A estas alturas, ¿qué interés podría tener en mentirle?

—El mismo que tuvo en perjudicar a su antigua… a la señora Drummond —contesté severamente.

Me miró turbiamente y luego cerró los labios, entreabriéndolos acto seguido como si fuera a escupir.

—Me dejó… cuando más la necesitaba. Que se vaya… al infierno.

Me estremecí al percibir las oleadas de odio infinito que se desprendían de aquella mente agonizante. Augie había sido un mal bicho durante toda su vida y seguía siéndolo en sus últimos momentos. Moriría sin arrepentirse, feliz de contemplar a través de las llamas del infierno el daño que había causado a otros desde su encierro. De buena gana le hubiera tapado la cara con una

almohada y apretado hasta que hubiera dejado de respirar.

Pero ya no le hacía falta ayuda alguna para desaparecer de este mundo. Pronto no sería más que un montón de tierra con una losa encima y un número sobre ésta en el cementerio de Alcatraz. Y antes de un año nadie se acordaría de él, salvo los directamente relacionados con sus poco bizarras hazañas.

Todavía tenía un par de preguntas más en la punta de la lengua. Se las hice.

Cerró los ojos.

—Averígüelo usted —respondió.

—Su actitud no le beneficia en nada, Augie —insistí— y, en cambio, puede ayudar a otras personas. ¿Por qué no se muestra condescendiente y habla?

—Haga lo que yo estoy haciendo ahora —respondió con supremo sarcasmo—. Esto es: ¡muérase! —Y se volvió de cara a la pared.

Saqué la cabeza de bajo la tienda de oxígeno y respiré el aire relativamente puro de la celda sanitaria.

El médico me miró especulativamente.

—¿Consiguió lo que deseaba, señor Braxton? —preguntó con cortesía.

—Sólo en parte —respondí—. De todas formas, quiero darles las gracias por las consideraciones que han tenido conmigo, doctor.

—Estamos a su disposición —contestó el galeno. Miró hacia el lecho y sacudió la cabeza—. No verá el nuevo día.

—El mundo no pierde nada con su desaparición —comenté—. Pero cuánto bien habría podido hacer si hubiese querido hablar todo lo que sabe.

Mathieson me acompañó hasta la salida. Cumplidas las formalidades reglamentarias, abandoné la penitenciaria y llegué al exterior. En el pequeño muelle donde atracan las embarcaciones que van y vienen a la isla de Alcatraz, tomé la canoa que había alquilado y regresé a San Francisco.

Una vez allí me instalé en un hotel, desde el cual sostuve un par de conferencias telefónicas. Al terminar, hice que me sirvieran algo de comer en el cuarto, después de lo cual asistí a una sesión de cine para entretener la espera hasta la noche.

Apenas si me enteré de lo que sucedía en la pantalla,

preocupado como estaba con el misterio que tenía entre manos. Parecíame estar en el interior de un larguísimo túnel oscuro, vislumbrando apenas la salida a lo lejos, como una minúscula chispita de luz, vacilante y apenas perceptible, para llegar a la cual, me faltaba tanto todavía…

Al llegar la noche me encaminé al aeropuerto y al día siguiente, cuando apenas había salido el sol, llegaba a la ciudad. Descendí del aparato y enseguida pude ver a Selene. No estaba sola, tenía compañía al lado: el teniente Follingsbee.

Selene se me colgó del cuello apenas llegué a su lado. La besé en un lado de la cara, fingiendo no reparar en la socarrona mirada de mi amigo el policía. Éste dijo:

—Ya vez que te la he cuidado, viejo buitre. Como puedes apreciar, está intacta.

—Gracias —contesté, tratando y consiguiéndolo solo a medias, de desasirme de los brazos de la chica. ¡Vaya pulpo apretando!

—¿Averiguaste algo, Jerry? —preguntó ella ansiosamente.

—Quizá —respondí con cautela.

—A mí me convendría saber lo que hablaste con Augie, Jerry —sugirió modestamente el policía.

—Mejor será que lo hagamos en mi casa, ¿no os parece?

Asintieron los dos. Selene se colgó de mi brazo y echamos a andar hacia la salida, en donde nos esperaba un coche del Departamento de Policía.

—Esto es para garantizar vuestra seguridad —dijo Follingsbee, en tanto abría la puerta. Luego él se instaló tras el volante, mientras que Selene y yo lo hacíamos en el asiento de atrás—. Cuidado con las escenas subiditas de color, ¿eh?

El coche arrancó. Cuando ya había abandonado la explanada que hay frente a los edificios del aeropuerto y enfilaba la carretera, Follingsbee preguntó:

—A propósito, Jerry, ¿se te ha ocurrido pensar alguna vez en la postura que ocupaba Pete Moreno antes y después de muerto?

—Pues, no —exclamé, muy sorprendido—. ¿Por qué lo dices, Matt?

Por el espejo retrovisor vi la sonrisa llena de socarronería de mi amigo.

—Procura hacerlo, Jerry —contestó—. Te lo recomiendo.

# Capítulo XIX

Mientras Selene andaba por mi piso como por terreno conquistado, preparando desayunos, Follingsbee y yo comentamos los últimos acontecimientos. El policía me relató sus averiguaciones, en tanto que yo le contaba lo que me convenía de lo que había conseguido averiguar. Después desayunamos e hicimos un examen general de las cosas tal como estaban después de mi viaje a Alcatraz.

—Ahora —dijo el policía— soy yo quien va a tomar las riendas del negocio. Se han cometido cinco muertes y no porque sean de personas nada recomendables ha de permanecer suelto el asesino. Te recomiendo, pues, no sólo la mayor discreción, sino también que te abstengas de hacer nada que pueda poner en peligro mis últimas investigaciones.

—Sin embargo, no harás que me quede encerrado en casa, ¿verdad, Matt? —dije.

El policía sorbió su última taza de café, mirando intencionadamente a Selene.

—Si tuvieras dos dedos de sentido común, eso es lo que deberías hacer, Jerry. —Se puso en pie—. Adiós, pareja de tórtolos.

Cuando nos hubimos quedado solos, Selene preguntó con aire inocente:

—¿Qué es lo que ha querido decir el policía con sus últimas frases, Jerry?

Yo también me puse en pie y fui en busca de mi sombrero.

—Te lo explicaré en mejor ocasión, monina. Ahora habrás de dispensarme. He de hacer algo que se llama trabajo, no sé si has oído esa palabra en alguna ocasión.

—Tendré que hacer un esfuerzo por recordarlo, Jerry —sonrió ella. Se incorporó y onduló su cuerpo sinuosamente, dirigiéndose hacia mí, rodeando mi cuello con sus brazos.

—¡Cariño! —murmuró.

Veinte segundos después, Selene me limpió los labios con su propio pañuelo. Volvió a sonreír.

—Este apartamiento tuyo es poco soleado y, además, un poco pequeño, Jerry. Tendremos que buscar uno mayor, ¿sabes?

Ya no contesté a la última insinuación, cargada con bala explosiva. Eché a correr y no paré hasta que me encontré a bordo de mi coche.

Fui a la oficina. Como siempre, me recibió allí la eficiente *miss* Stetson.

—Su viaje a San Francisco, ¿resultó eficaz, señor Braxton? —preguntó.

—Todo un éxito —repuse. Me senté tras la mesa y dije—: Por cierto, se me olvidó hacer una cosa. ¿Querrá usted subsanar mi descuido, *miss* Stetson?

—Con mucho gusto. ¿De qué se trata?

—Hágame el favor de llamar a la Jefatura de Policía. Que le pongan con el sargento encargado del Departamento de Personas Desaparecidas. Quiero enterarme si saben algo de una tal Ana Hickson.

—Sí, señor —contestó la secretaria, saliendo del despacho.

Empecé a examinar unos cuantos papeles o, mejor dicho, a fingir que los examinaba, en tanto esperaba la respuesta de la policía. El tiempo pasó, sin que *miss* Stetson volviera a entrar de nuevo en mi oficina.

Sonreí para mis adentros. Poniéndome de puntillas, caminé hacia el despachito de mi secretaria. Abrí la puerta suavemente.

La estancia se hallaba completamente vacía. Y lo mismo sucedía con la salita de espera donde los clientes se sentaban a esperar y en el cual había hallado la muerte Pete Moreno.

Me apoyé en la jamba de la puerta y, a pesar de la repugnancia que el hacerlo me inspiraba, traté de recordar la posición de Moreno una vez caído en el suelo. Follingsbee había tenido razón. El antiguo miembro de la banda de Augie había sido asesinado *desde adentro.*

En sus declaraciones a la policía, *miss* Stetson había manifestado siempre que no había visto al asesino, que solamente había oído rumor de voces y luego dos disparos, que eran los que habían destrozado la cabeza de Moreno. Había dicho la verdad, pero

solamente en parte.

El asesino había disparado desde el lugar en que yo me encontraba, es decir, desde la puerta que comunicaba la sala de espera con la oficina de mi secretaria. Mirando desde aquí, el diván donde había estado sentado Moreno quedaba a mi derecha. Y Moreno había recibido los impactos en el lado izquierdo de su cabeza.

¿Por qué?, fue la pregunta que me formulé inmediatamente. ¿Por qué mató la Stetson a Moreno? ¿Quizá porque éste la reconoció como la arriba mencionada Ana Hickson, hermana de Augie Hickson, «El Sábanas» por mal nombre?

Y si esto era así, ¿por qué había venido Moreno a visitarme a mi despacho, manifestando sus deseos de verme con toda urgencia? Una hipótesis acudió a mi imaginación en aquel momento y desde el principio calculé que había acertado.

Buddy Torano debió ponerse en comunicación con Moreno, diciéndole la oferta que había recibido. Moreno, entonces, resolvió aceptarla cuanto antes y, para ahorrar tiempo y molestias, resolvió venir a mi oficina. Debió reconocer en la supuesta *miss* Stetson a la hermana de Augie y ésta, para no ser descubierta, lo mató de dos tiros.

Bueno, ella misma se había descubierto al largarse de la oficina. Ahora no tendría que hacer sino telefonear a mi amigo el «poli» y Follingsbee establecería una tupida red de vigilancia en torno a la ciudad para impedirla huir. No podría escapar, por más que se empeñara en ello.

Sacudí la cabeza. ¡Qué poco se puede uno fiar de las mujeres! Tan apacible y eficiente como había sido en el trabajo Ana Hickson y de repente se me había convertido en una asesina fría y despiadada. ¿Por qué había matado? ¿Sólo para no ser descubierta?

Una súbita idea acudió entonces a mi imaginación. La sangre se me heló en las venas al pensar en la posibilidad de lo que podía suceder si no andaba listo.

Me arrojé sobre el teléfono como una fiera y marqué un número. Una voz femenina, un tanto chillona, me dio la respuesta.

—Casa de los señores Drummond.

—Escuche, soy Braxton, el abogado. Deseo hablar inmediatamente con la señora Drummond. Es muy urgente.

—Lo siento, señor Braxton; la señora Drummond ha salido.

—Al menos, sabrá usted dónde se ha dirigido —exclamé, desesperado.

—No tengo la menor idea, señor Braxton. La señora Drummond no acostumbra a decir al servicio dónde va cuando sale de casa.

—¡Maldición! Entonces, tampoco sabrá cuándo piensa volver.

—Por supuesto, señor Braxton. En cambio —la voz se tornó repentinamente insinuadora— yo sí sé cuándo voy a salir. ¿Quiere que se lo diga?

—¡Váyase al diablo! —contesté con muy poca cortesía, colgando el teléfono en el acto.

Tan aturdido estaba, que ni siquiera me acordé de llamar a Follingsbee a su despacho para comunicarle mi descubrimiento. Agarré el sombrero y eché a correr, cerrando la oficina de un portazo.

Al llegar a la calle, crucé la acera. Entonces, la puerta de un coche se abrió bruscamente.

El susto que recibí fue tan grande que no pude por menos de dar un salto atrás. Una voz plena de sarcasmo salió del interior del vehículo.

—No tengas miedo, cuervo correoso. ¿Piensas que soy algún *gángster*, que va a invitarte a dar un paseo a punta de pistola?

—Casi me lo hiciste ver —rezongué, recobrado en parte del susto recibido. Pasé al otro lado y me senté junto a Selene.

La muchacha puso en marcha el coche.

—A propósito —dijo—, ¿qué le hiciste a tu secretaria, *miss* Stetson, que salió del edificio como si la persiguieran mil legiones de diablos?

—*Miss* Stetson no se llama así, sino Ana Hickson, y es hermana de Augie. Por si fuera poco, ella fue la que mató a Pete Moreno en mi despacho. Y ahora temo que haga algo parecido con la Drummond.

Selene sacudió la cabeza.

—No lo creo —dijo sentenciosamente—. La vi tomar un taxi. Ella no reparó en mí. Pero tomé la matrícula del coche y luego llamé a la Compañía, solicitando la dirección a que había sido dirigido el vehículo. Tómala, aquí la tienes.

Selene me entregó un papel. Lo leí, estupefacto.

—Chica —dije—, eres maravillosa.

—Lo mismo decía mi abuelita, que santa gloria haya. Bien, ¿vamos a ver a la Hickson?

Recordando la sangre fría con que había asesinado a Moreno, se me puso un nudo en la garganta. Asentí en silencio.

# CAPÍTULO XX

Ana Hickson, alias *miss* Stetson, no estaba en la casa adonde se había dirigido después de su salida de mi oficina, pero en cambio, sí encontramos rastros de su paso por allí.

Selene se volvió, ocultando la cabeza en mi pecho y agarrándose con fuerza a mis solapas, para no ver el desagradable espectáculo que ofrecía «Cara de Chivo» con un tiro en la boca que le había dejado sin la tapa posterior de los sesos. Si Augie era o había sido malvado y perverso, su hermanita no le iba a la zaga.

—Dios mío, Dios mío —murmuró la muchacha, convulsa y estremecida.

Me la llevé de allí sin dilación. Una vez en el coche, tome el volante y encaminé el vehículo hacia la mansión de los Drummond. Presentía que era allí donde se iba a desarrollar el último acto del drama.

Un poco más lejos, Selene empezó a tranquilizarse. Pronto estuvo en situación de hacer preguntas.

—¿Cómo sospechaste de *miss* Stetson, Jerry?

—Verás, siempre pensé que en el asesinato de Pete Moreno había algo raro. ¿Quién diablos podía saber que había ido a verme? ¿El asesino de Merton? No era posible; lo lógico era que, si pensaba matar, uno por uno, a todos los miembros del antiguo clan de «El Sábanas», lo hubiera hecho en un lugar menos peligroso que en mi despacho, donde, para salir a la calle, le era preciso descender nada menos que dieciocho pisos. Claro que también podía escapar, aprovechando la confusión, pero aun así era demasiado riesgo.

Encendí un par de cigarrillos y le pasé uno a la muchacha. Selene me acució.

—Sigue, Jerry, no te detengas.

—Está el hecho de que, después de la muerte de Moreno, sorprendí a mi secretaria empinando el codo.

—Bueno, pero es que después de un trance semejante, cualquiera…

—No una mujer tan ponderada y equilibrada como siempre había manifestado ser ella. Además, una mujer en sus condiciones se hubiera puesto la pechera perdida de licor, porque las manos le hubieran temblado indefectiblemente. Y ella, te lo aseguro, agarraba la botella por el gollete con mano profesional.

—Eso, para mí, es peco todavía —dijo Selene.

—Aguarda un poco, belleza. Después de la nochecita que pasamos en la casa de campo, al día siguiente, ella estaba leyendo el relato de lo sucedido. Siempre había manifestado repugnancia por los diarios voceros y escandalosos que llenaban su primera plana con grandes titulares de crímenes y sucesos. ¿Por qué había de variar de modo de proceder en esta ocasión… y precisamente cuando se trataba de tres antiguos compinches de su hermano?

—En eso tienes razón, Jerry. ¿Viste en ella algún detalle más?

—Sí. No tiene apenas arrugas en la cara. Dijo andar cerca de los cincuenta años y la creí, con el aspecto que solía traer a diario. Naturalmente, en cuanto empecé a sospechar de ella, me fijé en su físico con mucha más atención. Estoy seguro de que, aunque no es hermosa es, sin embargo, bastante más guapa de lo que pretende ocultar tras esa máscara de secretaria envejecida en los despachos.

—¿Y por qué había de adoptar ese disfraz, Jerry?

—Para ella era el mejor medio de pasar desapercibida en la ciudad, en tanto esperaba dar con el paradero del cuarto de millón. ¿Qué mejor escondite que la oficina de un abogado relativamente pobre y recién empezando su carrera profesional? Recuerda que apenas llevaba seis meses conmigo, Selene.

—Es cierto. Quedan ahora, por aclarar, dos cosas. Una de ellas, ¿cómo sospechaste que podía ser la hermana de Augie?

—Investigué sobre los antecedentes del pistolero y descubrí que tenía una hermana, llamada Ana. Sin embargo, no la relacioné con Augie hasta que nos tirotearon en el camino del aeropuerto. Nadie sino ella, tú, o los Drummond sabían que yo iba a Alcatraz. Ella debió temer que Augie, ya en las últimas, se fuera de la lengua. Por eso trató de suprimirme. Y a ti también, de paso. Después; bien, ella misma terminó de confirmar mis sospechas al largarse de la oficina tras ordenarle que pidiera antecedentes sobre Ana Hickson.

—Y se marchó dirigiéndose rectamente a matar a «Cara de Chivo». ¿Por qué?

—Muy presumible, Byles era el tipo que le acompañaba en el coche durante el tiroteo en la carretera del aeropuerto. A las alturas en que nos encontramos, una muerte más o menos, ¿qué importancia puede tener? Y, de paso, ella suprime un testigo molesto.

—¿Pensará también —se estremeció Selene— matar a Ofelia Drummond?

Mis manos se crisparon sobre el volante.

—Dios quiera que lleguemos a tiempo —murmuré, mientras hundía el acelerador a fondo.

Pronto avistamos la casa de los Drummond. Detuve el coche a la puerta y, saltando sin dilación, corrí hacia la misma, llamando con furia al timbre.

Selene se colocó a mi lado. La puerta se abrió y en ella apareció la pizpireta doncellita de las caderas bamboleantes. Una ancha sonrisa apareció en su lindo rostro.

—Hola, señor Braxton —dijo melosamente—. ¡*Cuantísimo* me alegro de verle!

Dio un paso insinuante hacia mí, proyectando hacia adelante su busto nada desdeñable, pero entonces surgió la mano de Selene.

—Aparta, mocosa —dijo mi compañera—. No te metas en terreno vedado o te pasará lo mismo que a una que yo sé. Ahora gasta peluca, ¿sabes?

Una expresión de desencanto apareció en el rostro de la doncellita. Se encogió de hombros y dijo:

—La señora Drummond no está en casa.

Selene la apartó a un lado sin ceremonias.

—Esperaremos que regrese.

Y entró. Yo la seguí. Miré a la doncellita e hice un gesto de resignación con las manos, diciendo en silencio: «¡Qué le vamos a hacer! Estoy ya en el bote, guapa; has llegado demasiado tarde».

Ella sacó el labio inferior y levantó la cabeza.

—Por aquí, tengan la bondad.

Nos condujo a la biblioteca, un vasto salón que servía, además, de sala de recepción. Cerró la puerta y nos quedamos solos.

Busqué bebidas. Preparé dos copas y tomamos un poco de licor,

cosa que nos puso como nuevos. Volvimos a fumar, esperando a que la dueña de la casa hiciera su aparición.

Mientras esperábamos, examiné la estancia. Tenía tres puertas: una daba al jardín directamente; otra, a una habitación contigua, y la tercera era la que habíamos usado para entrar allí.

Empecé a pasearme, hasta que Selene se puso nerviosa.

—Siéntate, Jerry. Me pongo frenética viéndote ir de arriba abajo como un león enjaulado.

—El que está frenético soy yo. Ofelia Drummond puede correr un grave peligro y no sabemos dónde se encuentra ahora.

Selene se dirigió al teléfono. Marcó un número.

—Llamaré a Jeannie Merton. Quizá ésta pueda decirnos algo.

La gestión resultó infructuosa. Selene colgó, sumar mente pensativa.

—No la ha visto desde el día en que estuvimos allí —manifestó.

—Bueno —dije, perdiendo ya la paciencia—. Si Ofelia no viene, yo…

—Usted no se irá a ninguna parte —dijo una voz en aquel momento.

# CAPÍTULO XXI

La prohibición estaba apoyada por un revólver de cañón corto y calibre treinta y ocho, detrás del cual se encontraba una mujer: Ana Hickson.

Selene exhaló un grito de susto y trató de refugiarse en mis brazos. Ana Hickson, ex *miss* Stetson, lanzó una imprecación.

—Apártese a un lado.

—Obedece, Selene —dije—. Es lo mejor que puedes hacer en estos momentos.

—Usted sabe bien lo que se trae entre manos, señor Braxton —siguió la asesina—. Es listo, demasiado listo, pero no tanto como yo. Y voy a ser yo la que pronuncie la última palabra.

—Posiblemente —dije—. Y ahora, ¿qué es lo que pretende?

Los negros ojos de la Hickson brillaron con furia homicida.

—Terminar de una vez este maldito asunto. Drummond y su esposa no tardarán en venir y entonces…

Ana Hickson no concluyó la frase, pero su siniestro significado quedó flotando en el aire. Me estremecí; aquella mujer llevaba la muerte en sus venas.

Aunque algo tarde, comprobé que mis suposiciones habían sido ciertas. El aspecto de Ana Hickson se había transformado radicalmente, y aunque no era una belleza propiamente dicha y los años tampoco habían pasado en balde por su rostro, aún conservaba parte del atractivo que debió hacerla muy agradable en su juventud. Se había desprendido de las horrendas antiparras que solía utilizar en la oficina y enfundaba su cuerpo, aún esbelto, en un vestido que la hacía parecer completamente desconocida. Habría pasado por su lado en la calle y no la hubiera reconocido, francamente. Incluso había dejado de lado los zapatos casi masculinos que acostumbraba a calzar, y ahora llevaba los pies calzados con otros muy escotados y de alto tacón.

—No pretenderá asesinar a cuatro personas más, ¿verdad? —dije, pero mi voz carecía de seguridad.

—Augie me enseñó a tirar —contestó duramente—. Sobran balas en este revólver.

Miré a Selene. La muchacha estaba pálida, pero se mantenía bastante bien.

Casi en aquellos momentos, se oyó el ruido de un coche en la gravilla del jardín. Ana Hickson movió el revólver, indicándonos el trozo de muro que había junto a la puerta que daba al vestíbulo.

—Pónganse allí —dijo—. Y no se muevan antes de tiempo.

Tomé la mano de Selene y me la llevé donde la Hickson me ordenaba. Aún no estaba convencido del todo de que aquella mujer de fríos ademanes y enérgico aspecto fuese la tímida y pudibunda secretaria que había estado a mi servicio durante seis meses largos.

Ella se colocó al otro lado. La puerta se abrió y el matrimonio Drummond apareció en la biblioteca.

Entonces, Ana Hickson, obrando con relampagueante celeridad, cerró la puerta y pegó un fuerte empujón al hombre. Clark Drummond dio unos pasos rápidos y vacilantes, llegando hasta el centro de la biblioteca, en donde se volvió atónito.

Ofelia Drummond exhaló un grito de susto al ver a la mujer empuñando el revólver. Su rostro se volvió blanco como el yeso.

—¡Ana! —exclamó, evidenciando así que la conocía. Los dientes de la mujer rechinaron de rabia—. Soy yo —dijo—. La misma, Ofelia. Hacía tiempo que no nos veíamos, ¿eh?

Drummond se recobró enseguida. Avanzó un paso hacia Ana y la increpó.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Qué es lo que pretende al penetrar así en mi casa, de modo tan violento?

La Hickson soltó una carcajada desgarrada y se puso una mano en la cadera.

—No te hagas el desentendido, Clarkie —dijo, en tono de confianza—. Total, para lo que te va a servir… —Miró de reojo a Ofelia y añadió—: ¿Ya sabes con qué buen mozo te casaste, muchacha?

—No quiero saber nada —dijo Ofelia, resuelta. Amo a Clark y no me importa lo que haya sido antes de casarnos. Ahora, vete y déjanos en paz.

—Te dejaré en paz… para toda la vida —en la voz de la Hickson latía un odio infinito—. Y me iré, sí, pero con Clark. Los dos, muy lejos de aquí, donde nadie pueda echamos el guante. Los doscientos cincuenta mil dólares nos servirán para damos la gran vida, ¿te enteras?

El labio inferior de Ofelia tembló perceptiblemente. Miró a su marido, sintiendo que se derrumbaba todo en su interior.

—¡Clark, Clark! —murmuró—. ¿Por qué me has hecho esto?

El hombre se miró las puntas de los zapatos, lleno de vergüenza.

Despiadadamente, Ana continuó:

—Fue mi hombre antes que tuyo, mucho antes, Ofelia. Luego, cuando encarcelaron a Augie, me dejó por ti. Juré que entonces tomaría cumplida venganza de la faena que me hizo. Y este momento ha llegado. Mucho he tenido que esperar, pero valía la pena hacerlo.

Ofelia corrió hacia su marido. Le miró suplicantemente.

—No, Clark, no —jadeó—. Júrame que no me dejarás. Dime que no te irás con esa mujer.

El hombre no contestó. En su lugar, lo hizo la hermana de Augie.

—Ya lo creo que se irá. Y sin perder demasiado tiempo. Le conviene cambiar de aires una temporadita. La policía puede sentir mucha curiosidad por saber quién es el asesino de Merton, de Torano y su chica p da McCreedle. Los «pies planos» disfrutarían enormemente si pudieran echarle el guante.

Una expresión de indecible espanto apareció en el bellísimo rostro de Ofelia. Sin poderlo remediar, retrocedió dos o tres pasos, con las facciones demudadas por el espanto.

—¡Dios mío! ¡Clark… tú no…!

Ana volvió a reír.

—¡Mira qué manera de negar! Pero ¡si no puede hacerlo! ¡Si es tan culpable como yo! ¡La cabeza le huele a pólvora como no se deprisa!

Ofelia Drummond se tapó la cara con las manos y rompió en agudísimos sollozos. Todo el mundo que había construido pacientemente durante los últimos años, todos sus propósitos de felicidad y dicha, todo, absolutamente todo, se le derrumbaba encima como frágil castillo de naipes. Había amado a su marido

intensa, locamente, con ciega pasión, y ahora él resultaba ser un canalla y un asesino.

—¡No, no…! —gritó, con el cuerpo crispado en un supremo espasmo de horror.

—Está bien, basta ya —cortó Ana implacablemente—. Clark, tenemos que irnos. ¿Dónde está el dinero?

—No lo tengo —confesó el hombre.

—¿Qué? —chilló la asesina—. ¿Es que no has podido averiguar dónde lo tiene ella en todo este tiempo? Entonces, ¿qué has estado haciendo, pedazo de imbécil?

—Ofelia no quiso nunca decir dónde lo tiene —manifestó Drummond—. No he podido conseguirlo, por más que lo he intentado.

El rostro de Ana Hickson se iluminó con una mueca de demoníaco furor.

—Pues ahora verás si lo consigo yo o no —dijo. A pesar de que encañonaba con el arma a Ofelia, no nos perdía de vista un solo segundo. Por otra parte, la distancia resultaba excesiva para tratar de arrojarse sobre ella y desarmarla; me pegaría un tiro antes de que hubiera dado dos pasos.

—Vamos —gruñó aquella mujer cruel e implacable—. Di dónde está ese maldito dinero.

Ofelia se quitó las manos de la cara.

—No lo sé —respondió—. Augie no me lo envió.

—¡Estás mintiendo! ¡Quieres engañamos para quedártelo tú sola!

—La señora Drummond dice la verdad —intervine yo, pues ya era hora que lo soltara—. Augie mintió descaradamente. La verdad es que no existió nunca ese dinero más que en su imaginación.

—¿Qué? —chilló Ana—. ¡Maldito abogado! ¡Usted también trata de enredarme!

—No es cierto, Ana —repliqué serenamente—. Estoy diciendo la pura verdad. Augie me lo confesó ayer en su lecho de muerte.

La mano de la Hickson se crispó sobre la culata de su revólver, cuyo cañón se volvió repentinamente hacia mí. Sentí que el estómago quería abrirme un agujero en la espalda para escapar del balazo inminente.

—Miente, Braxton.

Levanté los hombros con gesto indiferente.

—Bueno, como quiera. Pero ya puede revolver la casa de arriba abajo; no encontrará un solo centavo. Lo que se estará riendo ahora Augie en el infierno. Su hermano fue un mal bicho; toda su vida. Simplemente, hace unos meses que tuvo el primer ataque cardíaco. El médico le dijo entonces que lo veía muy mal. Augie, resentido contra todos ustedes, ideó ese plan canallesco para vengarse. De Ofelia, por haberse casado con Drummond. De éste, por la misma razón y por haber plantado a su hermana, o sea a usted. De los otros, porque pensó que no le habían ayudado lo suficiente para poder escapar antes de entrar en Alcatraz. En fin, que quiso divertirse un rato antes de irse al infierno.

Ofelia volvió a gemir. Ana la miró con gesto implacable, llena de odio salvaje.

—Por otra parte, Drummond también quiso entrar en el juego. Le convenía, al creer ciegamente en la existencia de los doscientos cincuenta mil dólares. Sus negocios no andaban muy bien últimamente. Por eso ideó la amenaza contra sí mismo y se puso de acuerdo con usted para atemorizar a su esposa. Dígame si miento, Ana Hickson.

El aspecto de la mujer era espantoso. Toda la gracia que pudiera haber tenido en el rostro, había desaparecido, substituida por una expresión infernal.

Me volví hacia Ofelia.

—Lamento tener que desengañarla. Sé que amaba sinceramente a su marido, pero es necesario que conozca la verdad. Usted es joven y hermosa, sin embargo, y podrá rehacer su vida cuando este par de asesinos hayan sido castigados como se merecen.

—¡No lo verá ella! —bramó la Hickson, presa de un incontenible acceso de celos. De pronto, disparó dos veces.

Ofelia lanzó un agudo grito y se llevó ambas manos al pecho. Su rostro perdió el color en el acto. Vaciló, en tanto la sangre le fluía entre los dedos.

Selene gimió a mi lado. En cuanto a mí, hube de contemplar con ojos fascinados el derrumbamiento de Ofelia contra la alfombra.

Era aquél un crimen estúpido meramente pasional. Pero es que con las mujeres no se puede hacer nunca previsiones.

Después de las dos detonaciones hubo un gran silencio. Sobre la

alfombra, Ofelia se movía débilmente.

De pronto, resonó un rugido de ira. Volví los ojos. Era Drummond.

Los ojos del hombre amenazaban con salírsele de sus órbitas. Tenía la cara congestionada y todo en él denotaba al individuo que ha perdido momentáneamente la razón.

—¡Maldita! —gritó desaforadamente—. ¡Has matado a la mujer que quería! —Y se arrojó sobre la Hickson, con las manos engarfiadas como garras.

Ana chilló al ver que Drummond se le veía encima.

—¡No! ¡No te acerques, Clark! ¡No te acerques o…!

Drummond no hizo el menor caso. Llegó, hasta Ana y le agarró el cuello con ambas manos.

—Voy a estrangularte —bramó. Sonó un disparo.

El cuerpo de Drummond se estremeció horriblemente. Por un momento, pareció que iba a caer, pero luego se rehízo y apretó con más fuerza todavía. El rostro de Ana se amorató repentinamente.

La Hickson disparó otra vez. Y otra, y otra, sin que mis esfuerzos por desviarle el brazo sirvieran para nada. Antes de que lo hubiera conseguido, ya había vaciado el resto de la carga de su revólver contra el cuerpo de Drummond.

Entonces, éste emitió un gran ronquido. Se separó, con la sangre saliéndole por entre los labios a borbotones y el pecho completamente enrojecido.

Permaneció un momento en pie todavía. De pronto, giró bruscamente sobre sus talones y se desplomó hecho una masa al suelo.

Ana Hickson contempló su obra con ojos estupefactos, como si no acabara de creer en lo que había sucedido. Súbitamente, todo su cuerpo se estremeció. Haciendo caso omiso de nosotros, dio media vuelta y echó a correr hacia la salida, en el momento en que un coche de la policía se detenía en el jardín.

Cruzó la puerta, enloquecida, sin saber lo que se hacía. Un hombre le salió al paso.

—¡Tire esa pistola! —gritó el policía. Detrás de él vi a Follingsbee.

Ella no hizo caso. Ni se dio cuenta siquiera de que tenía el revólver descargado. Levantó la mano y apretó el gatillo.

—¡No tire! —grité—. ¡El arma está sin cartuchos!

Pero el gesto del policía había sido demasiado rápido. Cualquiera, en su lugar, hubiera obrado de la misma forma. Al ver frente a sí a una mujer que blandía un arma en actitud amenazadora, oprimió el gatillo de su revólver de reglamento por dos veces.

El cuerpo de Ana sufrió un terrible estremecimiento cuando los proyectiles se clavaron en su carne. Soltó el arma y se agarró con ambas manos a la jamba de la puerta. Las fuerzas le fallaron de pronto y empezó a deslizarse lentamente hacia el suelo. Trató de apoyarse en éste, pero, de pronto, sufrió una fuerte convulsión. Dobló la cabeza hacia atrás y quedó tendida de espaldas, inmóvil.

Entonces fue cuando salí de mi estatismo y corrí hacia Ofelia, arrodillándome a su lado, sin cuidarme de lo que pasaba a mí alrededor.

Desgarré con mano frenética la tela del vestido que cubría su pecho. Las dos balas habían penetrado por debajo del seno izquierdo. No viviría mucho.

Abrió los ojos y me miró. Sonrió débilmente.

—Gracias… señor Braxton… —dijo.

Quise hablar, pero no pude; tenía un nudo en la garganta que me lo impedía. Además, ¿qué era aquello que me enturbiaba la visión? ¿Lágrimas, quizá?

Ofelia movió su mano izquierda, buscando la mía. Se la di. Volvió a mirarme.

De pronto, sentí que cesaba la presión de su mano. Al soltarla, resbaló a lo largo de su costado. La miré a los ojos. Estaban fijos en un punto invisible para mí.

Así murió una mujer buena y hermosa, a la que el destino negó, cruel y despiadadamente, la vida feliz y apacible con que había soñado. Unos forajidos carentes de alma le habían impedido conseguir sus anhelos, y el hecho de que esos malvados hubieran recibido el pago de sus crímenes no volvería a la vida a la mujer a quien. —Lo digo con toda sinceridad y sin que Selene se ofenda por ello— me habría gustado amar con toda mi alma.

# CAPÍTULO XXII

Sonaron las últimas paletadas de tierra al caer sobre la sepultura. El sol, en el ocaso, lanzaba al cielo encendidos fulgores. Las flores de los parterres de cementerio despedían aromados efluvios.

Un par de golondrinas pasaron en raudo vuelo, persiguiéndose amorosamente, en medio de agudos chillidos. La vida, inexorable, proseguía.

La pesada losa de mármol fue colocada sobre la fosa Los operarios terminaron de ajustarla. Leí las letras grabadas sobre la misma.

Era una leyenda muy sencilla. Sólo figuraba su nombre y dos fechas. El apellido no era Drummond; no había querido que figurase el nombre de aquel canalla en el lugar donde Ofelia dormía su último sueño.

**OFELIA SHERWOOD**

**1932 —1960**

Y nada más. Excepto un gran ramo de siemprevivas que dejé al pie por encargo de Selene, sin cinta ni dedicatoria alguna.

Permanecí aún un buen rato allí, hasta que las primeras sombras de la noche empezaron a invadir el camposanto. Luego, lanzando un suspiro, di media vuelta Selene me esperaba un poco más lejos. Me tomó la mano, oprimiéndola suavemente. Sus ojos me miraron con amor.

Fue discreta. No dijo nada en el trayecto de regreso. Pero sabía que yo era suyo y lo sería siempre, y sabía también que los dos recordaríamos con frecuencia a la pobre Ofelia. El punzante dolor de ahora se convertiría en un recuerdo agridulce que el tiempo se encargaría de suavizar. Así pasa con todo, inexorablemente.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales. —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.